

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

La muerte de los delfines

Brigitte se encuentra descansando y reponiéndose de una herida en el muslo en la finca de su amiga la duquesa de Montpelier, cuando escucha por casualidad una petición de socorro en su radio de bolsillo. El helicóptero de Sterling Craig, agente de la CIA, está ardiendo y pide a los compañeros que le escuchen que se pongan en contacto con Josuah Medano en Barbados, para que les informe sobre los delfines.



Lou Carrigan

La muerte de los delfines

Brigitte en acción - 115

Archivo Secreto - 233

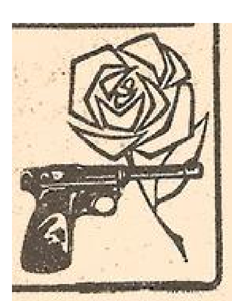
ePub r1.0

Titivillus 21-11-2017

Lou Carrigan, 1970
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

Como todas las tardes, la anciana duquesa de Montpelier, de nombre Annette Simonet, se hallaba en su saloncito, junto a la ventana desde la cual se veía la playa. A sus setenta años cumplidos *madame la duchesse* encontraba grandes atractivos en la vida contemplativa. Y una de las cosas que más le gustaba contemplar era el atardecer. Y las gaviotas. Las gaviotas que, todas las tardes, acudían a la playa de aquella villa, porque sabían que allí encontrarían comida fácilmente. El nombre de la villa ya era buen augurio para ellas: La Gaviota.

Generalmente, era la propia duquesa quien se encargaba de dar la comida a sus queridas gaviotas, que acudían puntualmente, día tras día, a la cita. Pero, a veces, la anciana dama se sentía demasiado cansada para permanecer de pie en la playa, soportando las amistosas acometidas de sus queridas… y siempre hambrientas gaviotas. Por eso, aquella tarde, entre otras, había dejado Monique la cesta de pescado en la playa, y así, ella, desde su ventana, podría ver a sus amigas voladoras.

Y, en efecto, habían acudido. Como cada día desde hacía muchos años. A *madame la duchesse* le gustaban tanto las gaviotas que incluso había escrito un libro sobre ellas. Ciertamente, el libro no se había vendido mucho, y era una lástima, ya que todos los beneficios que produjera tenían que ser destinados a obras de beneficencia, motor y motivo de la vida de la duquesa de Montpelier… Menos mal que tiempo atrás alguien le había dado una cantidad tan grande de dinero que *madame la duchesse* no encontraba dificultades en practicar su *hobby* favorito: ayudar a su prójimo.

Y así, ayudando a su prójimo y contemplando a las gaviotas, vivía plácidamente *madame la duchesse* en su villa La Gaviota, cerca de Lametin, en la isla Martinica de las Pequeñas Antillas, cuando

aquella soleada, tibia y tranquila tarde, apareció la insólita gaviota.

Primero sí, pareció una gaviota. Se lo pareció a la duquesa, porque no tenía la vista muy buena. Al ver de lejos aquello que llegaba volando, le pareció una gaviota más. Luego, aquella cosa se fue haciendo más y más grande; tanto, que no podía ser una gaviota… Finalmente, *madame la duchesse* supo qué era aquello: un helicóptero.

Sí. Un helicóptero, provisto de unos grandes flotadores neumáticos, según le pareció a *madame* cuando el aparato comenzó a descender precisamente en su playa, cerca de las gaviotas que se peleaban por su comida. Con sus prismáticos, que jamás abandonaba, *madame la duchesse* miró hacia allí. Vio cómo los flotadores neumáticos se deshinchaban, y el aparato se posó sobre la arena. Al parecer, alguien venía a visitarla. Cosa extraña… No que la visitasen, sino que llegaran a su villa en helicóptero. ¿Quién podría ser?

El helicóptero se había detenido ya completamente. De nuevo el silencio en la villa La Gaviota. El bendito silencio, la bendita paz, la maravillosa tranquilidad.

Y para mayor asombro de *madame la duchesse*, del helicóptero descendió una mujer. Muy joven. Y… ¡Dios de los Cielos!, aquella mujer llevaba puesto solamente un bikini. Un pequeñísimo, reducidísimo, ligerísimo bikini rojo. Tan pequeñísimo que hacía falta tener una vista mucho peor que la duquesa para no darse cuenta de la asombrosa perfección, gracia y belleza de aquel femenino cuerpo dorado por el sol.

Vio aparecer en la terraza a Baptiste, el fiel mayordomo, dirigiéndose ya hacia la recién llegada, que… Sí. Llevaba otra cosa, además del bikini: un maletín que parecía también de color rojo, con adornos azules, en su manita izquierda. Con los prismáticos, la duquesa captó la deliciosa sonrisa de aquella muchacha cuando Baptiste la interpeló. Enseguida vio el gesto de sobresalto de Baptiste, y, en el acto, el amable gesto de éste, pretendiendo hacerse cargo del maletín, a lo cual se negó, siempre sonriendo, la visitante. Cuando Baptiste se volvió, señalando hacia la casa, *madame la duchesse* vio nítidamente la muy alegre sonrisa de su fiel mayordomo.

—Pues no la conozco —musitó la dama—. Sin embargo, Baptiste

la recibe con una cordialidad muy especial… ¿Quién debe ser?

Los dos pasaron muy cerca de ella, por la terraza. *Madame la duchesse* solía colocarse siempre detrás de una de las grandes plantas de su saloncito, quedando oculta, costumbre que había adquirido hacía muchos años, cuando empezó a estudiar a las gaviotas. Pero, a pesar de estar bien escondida, la hermosa recién llegada ladeó graciosamente la cabeza hacia allí, haciendo ondear su larga cabellera negrísima… Y *madame la duchesse* tuvo la impresión de que aquellos azules ojos habían taladrado las plantas, la habían visto con toda claridad a ella. ¿Era eso posible?

Se volvió hacia la puerta del saloncito, esperando la aparición de Baptiste, que le anunciaría la visita, naturalmente. Pero no. No fue Baptiste quien entró, sino la propia joven, directamente, sin hacerse anunciar. Esto era un signo de mala educación… o de una gran confianza. Una gran confianza que difícilmente podía tener la joven en aquella casa, ya que ella no la conocía…

La joven en bikini llegó hasta ella. Se detuvo delante, sonriendo dulcemente, tendiendo su manita derecha, que la duquesa tardó unos segundos en ver, ya que estaba mirando la roja herida que la muchacha tenía en el muslo derecho; una herida que no parecía muy profunda, pero que debía tener una longitud de no menos de doce o catorce centímetros; se veía la fea costra, seca, oscura… Aquella jovencita debía ser muy fuerte para poder sonreír con semejante herida en el muslo…

—*Bon soir, madame la duchesse… Comment ça va*? —preguntó en magnífico francés la divina visitante.

Por un instante, Annette Simonet quedó atónita. Luego su boca se abrió en una exclamación de sorpresa y alegría y su mente retrocedió en el tiempo, en busca de los recuerdos de dos años atrás…

—*Mon Dieu* —musitó—. *C'est pas posible*!

—*Mais oui, madame la duchesse*! —rió la visitante alegremente—.
vraiment posible
C'est
. Le agradezco mucho que me recuerde.

—Por el amor de Dios… Señorita… ¿Es usted… de verdad? ¡He pasado dos años intentando localizarla, darle las gracias…! ¡Oh, siéntese, se lo ruego! ¿Ha venido a visitarme? ¿Se quedará unos

días? ¡Me gustaría que…!

Había tomado por fin la bellísima mano, acariciándola cariñosamente. La visitante se inclinó y la besó en ambas mejillas. Luego se sentó delante de la duquesa, que parecía ahogarse en su propia alegría ante aquella visita.

—¿Verdaderamente me invita, *madame la duchesse*?

—¡Desde luego! Oh, mí querida niña… Ni siquiera sé su nombre, puesto que no me lo dijo aquella vez, pero jamás podría olvidarla. Todo cuanto hay en esta casa es suyo… ¡Todo! *Mon Dieu*… Cuando yo la conocí era usted rubia, pero su voz… Nunca podré olvidar su voz tan dulce y cariñosa. Yo… Oh, no sé qué decir…

—No es necesario diga nada, *madame la duchesse*. Sus sentimientos hacia mí son bien visibles. Y le agradezco mucho que tenga tan buen recuerdo de nuestro primer encuentro.

—¡Pero mi querida niña…! Usted me dio veinte mil dólares para solucionar los problemas de esta casa, y… —sonrió— y dos millones cuatrocientos ochenta mil dólares para mis obras de beneficencia en la Martinica. ¿Cómo no habría de tener buen recuerdo de usted?

—Bueno… Yo la suplanté, *madame la duchesse*.

—Oh, sí… ¡Y lo hizo tan bien que los engañó a todos! Al principio me quedé muy sorprendida cuando la vi con un aspecto idéntico al mío, pero más adelante consideré que usted era… simpática, astuta, y que tenía un gran sentido del humor… Créame: ¡por lo que he oído, usted hizo una magnífica representación de la *duchesse* de Montpelier! ¡Una magnífica representación, sí!

—Y me gustó tanto, *madame*, que la he repetido.

—¿La ha… repetido? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Por ahí… Por todo el mundo. Me he disfrazado varias veces con su aspecto, *madame la duchesse*. Incluso me he permitido utilizar su nombre. Le suplico que no me guarde rencor por ello.

—No… No, desde luego… Lo que usted haga siempre estará bien para mí, porque ya demostró tener un grandioso y noble corazón, mi querida niña. Pero ya hablaremos luego… Parece que ha tenido usted un accidente. Veo en su pierna…

—No es nada, *madame*, se lo aseguro. Sólo una cuchillada de poca profundidad.

—¿Una cuchillada?

—*Oui, madame*. Cosas de la profesión.

—¡Oh! *Mon Dieu*… ¿Cuál es su profesión, para que le ocurran estas cosas?

—Soy espía, *madame*.

—¿Es… espía…? —Se atragantó la anciana.

—Espía profesional. Y también periodista.

—Oh…

—No hay que darle demasiada importancia —sonrió la joven—. ¿De veras me invita a su casa, *madame la duchesse*?

—Por encima de todo, sí.

—Se lo agradezco mucho. La verdad es que he venido dispuesta a quedarme unos días. Hace sólo unas horas que he resuelto un molesto asunto no muy lejos de aquí, y necesito descansar en paz. Recordé su villa, y me dije que era mejor venir aquí que regresar a la Central de la CIA, para presentar mi informe Que se esperen.

—¿Usted… hace esperar… a la CIA?

—Algunas veces —sonrió ella—. Estoy demasiado cansada, se lo aseguro. Si regreso, sé que me enviarán a otra misión, a otro sitio. África, Asia, Europa, quizá a la Antártida… Y no. No… —suspiró—. Me toca descansar, *madame*. Estoy muy fatigada.

—Y herida —susurró la duquesa—. Querida niña, en esta casa nadie la molestará absolutamente para nada. Sea usted bien venida a La Mouette, y puede dedicarse a lo que más le guste. Todos estamos a su completa disposición.

—De nuevo gracias. Hablaremos durante la cena, si le parece bien… Ahora quisiera bañarme con agua bien caliente y curarme esta herida…

—Puedo llamar a un médico que…

—No, no… Yo estaría ya muerta si por una cosa así precisase de un médico, *madame*. Me curaré sola; tengo lo necesario en mí maletín.

—Bien… Pues vaya, hijita, vaya… Baptiste la acomodará en la mejor habitación, naturalmente. Tenemos tiempo para charlar. Lo importante es que usted se cure y descanse mucho. Espía,… ¡Oh, vamos, nadie lo diría, viéndola tan… tan…!

—¿Angelical?

—*Mais oui*! ¡Esa es la palabra!

—Pues soy una espía muy mala, *madame*, se lo aseguro.

—¿Mala? —rió la anciana duquesa.

—Bueno… En ocasiones solamente. Baptiste debe haber traído ya mi maleta del helicóptero. Subiré a arreglarme para la cena… Hasta ahora, *madame la duchesse*.

—Hasta ahora, hijita… Oh, yo… Bien… Ya supongo que su nombre no es cosa que deba ser divulgada, pero ¿cómo debo llamarla?

—Brigitte —sonrió la visitante—, Brigitte Montfort. Es un nombre como otro cualquiera.

—Pues me gusta… Vaya a curarse, hijita, vaya… Yo daré las órdenes para la cena que usted se merece.

* * *

Se sentía muchísimo mejor. Se había bañado largamente con agua caliente, luego había tonificado su piel con agua fría, y ahora, completamente desnuda en su habitación, sentada en un sillón acababa de colocar el apósito sobre la cuchillada del muslo; lo último que hizo fue colocar encima la ancha tira de esparadrapo color carne. Suspirando, se puso en pie y dio unos pasos por la habitación. Perfecto. Le dolía, naturalmente, pero no sería aquella herida la que impediría los movimientos ágiles y seguros de siempre a la agente Baby.

Abrió la maleta y se quedó mirando críticamente su contenido. En verdad, habría sido mejor llevar un vestido de noche, pero no lo tenía en esta ocasión. Había salido de Nueva York a toda prisa cuatro días antes, hacia Trinidad, y, por los datos de tío Charlie, comprendió que en aquella ocasión no iba a precisar ropa de noche, De modo que tendría que conformarse con lo que hubiera en la maleta.

Diez, minutos más tarde se miraba al espejo del cuarto de baño: falda negra, jersey azul de manga corta y zapatitos azules de alto tacón. Eso era todo. Apenas maquillaje. ¿Para qué, si de cualquier manera no estaría más bella y radiante?

Se guiñó a sí mismo un ojo, por el espejo.

—Espejito, espejito, nuevamente te pregunto: ¿soy la más divina jovencita del mundo?

Riendo, recogió sus cosas y las colocó ordenadamente en el armario, con la meticulosidad de siempre. Luego recogió las cosas

que había utilizado del contenido del maletín, y las guardó también. Sonrió al guardar la pistolita de cachas de madreperla.

Ciertamente, allí no iba a necesitarla. ¡Ah, qué gran placer olvidarse por unos días de que era una espía, poder ir sin la pistola, sin el diabólico maletín, sin temer que…!

Bip-bip-bip-bip-bip-bip…

Respingó al oír el suave zumbido de llamada en su pequeña radio de bolsillo, y se quedó mirando sobresaltada el aparatito.

—¡Oh, no! —gimió—. ¡Ya basta, dejadme en paz…!

Bip-bip-bip-bíp-bip-bip…

Desde luego, no la llamaban a ella. No. Nadie sabía que estaba en aquella parte del mundo. Había dejado a Simón diciéndole que se iba muy lejos… No. No la llamaban a ella. Además, Simón no podía alcanzar hasta la Martinica desde Trinidad, con su radio de bolsillo… Eso debía ser. Algún agente de la CIA destinado en Martinica estaba llamando a un compañero suyo. Y de ella, naturalmente Onda clave: Caribe.

La radio había dejado de llamar. Eso significaba que alguien había atendido la llamada. O sea, que, fuese lo que fuese lo que estaba ocurriendo, ya había personal ocupado del asunto. No tenía por qué contestar ella también: quien había llamado, ya tenía quien le respondía.

Aunque… Bueno, ¿por qué no enterarse de lo que ocurría, aprovechando que ella tenía la misma onda en su radio, y sólo tenía que apretar un botoncito para oír lo que hablasen los usuarios de las otras radios?

Sonriendo, divertida porque iba a captar la conversación secreta de dos agentes de la CIA, apretó aquel botoncito. Luego les gastaría una broma…

Se olvidó inmediatamente de la broma, y la sonrisa se heló en sus labios al oír la voz de un hombre, en inglés americano auténtico.

—… ¡Ardiendo el helicóptero! —le oyó gritar—. ¡Me están disparando desde la avioneta! ¡No voy a poder escapar! Escúchame bien, compañero, quien quiera que seas: mi nombre es Sterling Craig, número clave en la Central, «Fla-2031», misión volante en Barbados… Buscad a Josuah Medano, en Barbados, y decidle que vais de mi parte;… ¡Él os pondrá al corriente sobre los delfines!

Encontraréis a Medano en la estación de autobús del aeropuerto de Sea Well… Es posible que se esté escondiendo, pero buscadlo… Es un negro… Si no lo encontráis, buscad a Pierre Beaulaire en… De lo contrario el nombre de nuestro hombre… Ley Carlton… del Platino…

Las interferencias fueron mucho más fuertes. Se oyó una sorda explosión.

Luego, la voz de otro hombre:

—¡Craig! ¡Craig, dinos dónde estás ahora, iremos a ayudarte inmediatamente…! ¡Craig!

—… Volando al sur de Martinica —se oyó la jadeante voz del llamado Sterling Craig—. Por el… Sudoeste… en… en helicóptero, aproximándome a… a… Lametin:… Veo la costa… Alcanzado por otra ráfaga… Los delfines… ¡No olvidéis los delfines…! Ellos están… Robé helicóptero pero me han… alcanzado… Herido… A morir… La avioneta… Me echa encima…

Se oyó otra explosión, más débil, más ahogada, un instante después de escucharse nítidamente el trepidar de una ametralladora…

Luego silencio. Silencio, al menos, por parte de Sterling Craig. Pero se oía la voz del otro hombre:

—¡Craig! ¿Puedes oírme, Craig? ¡Craig!

Brigitte Montfort, alias *Baby*, cerró su radio, con lenta presión del pulgar. Estaba absolutamente pálida, demudado el rostro. Si había entendido bien, y estaba segura de que si, acababa de oír las últimas palabras de un compañero. De uno de sus queridos muchachos de la CIA. De un Simón. Sí… Sus últimas palabras. Había escapado de algún sitio en helicóptero… De Barbados, al parecer. Había escapado…, pero le habían dado alcance con una avioneta, y… Adiós, Simón.

Adiós para siempre, muchacho desconocido.

Capítulo II

Madame la duchesse de Montpelier sonrió cariñosamente al verla aparecer en el saloncito, con el maletín en su manita izquierda.

—Ah, querida niña… Observo que no tiene vestido de noche aquí… Pero no importa. Está bellísima, y le…

—*Madame*… —musitó rápidamente Brigitte—. Lo lamento. Lo lamento de veras, pero no voy a cenar con usted.

—Pero…

—Tengo algo que hacer. No sé cuándo volveré.

—¡Pero ha venido aquí a descansar! Y tenemos tantas cosas de qué hablar…

—Hablaremos en otra ocasión —sonrió crispadamente la espía —. Y en cuanto a mi descanso… Bien, no podría descansar si no interviniese en esto, *madame*. Por favor, no me espere para cenar.

Salió rápidamente de la casa y poco después emprendía el vuelo en el helicóptero. Según las palabras de su compañero, no debían haber ocurrido muy lejos de allí los acontecimientos, hacia el Sudoeste. Mala suerte, Sterling Craig habría podido salvarse, quizá, de haber dispuesto de unos minutos más de ventaja. Mala suerte… Pero no sólo para Sterling Craig, no… Alguien pagaría aquella muerte de un Simón. La pagaría con el único precio que siempre cobraba Baby: su propia vida.

Bajo ella, el mar, brillante en un tono rojo de sol de ocaso, como un gran cristal arrugado. Calculó que la noche no tardaría ni media hora. Si para entonces no había visto nada, todo habría sido inútil. Aunque…, ¿qué podría ver? La avioneta que había disparado contra Sterling Craig ya no estarla por allí. Y el helicóptero en que había viajado Craig estaría ya en el fondo del mar, o descendiendo con su carga muerta… Pero algo tenía que hacer. Algo tenía que hacer, antes de ir a Barbados, en busca de Josuah Medano, o de Pierre Beaulaire, o del que parecía llamarse Carlton. Algo tenía que hacer

ahora.

Los delfines. Sterling Craig había insistido en que no olvidasen los delfines. ¿Qué tendrían que ver los delfines con aquello…? ¿O era una palabra clave, quizá? Sí… Debía ser una palabra clave, convenida entre Craig y sus compañeros de misión…

Tardó diez minutos escasos en localizar aquel objeto brillante sobre el mar, después de describir un par de círculos por el aire, muy atenta. Aquél debía ser el helicóptero derribado. Si ella había podido captar con nitidez en su radio de bolsillo el mensaje de Sterling Craig, significaba que éste no podía estar muy lejos de allí, de la villa de *madame la duchesse*. Sí, tenía que ser el helicóptero de Sterling Craig lo que estaba viendo.

Fue perdiendo altura rápidamente, y pasó por encima de aquel objeto brillante, a menos de doce pies. Era un helicóptero, desde luego. Dio la vuelta, regresando hacia aquel punto, y oprimió el botón que hinchaba los flotadores neumáticos. Por fin, posó el helicóptero sobre el agua, a media docena de brazas del otro aparato. Estaba casi completamente hundido, pero se veía su carlinga de plástico transparente con toda claridad. Con toda seguridad, los que habían disparado desde la avioneta lo habían visto hundirse, y se habían marchado, sin calcular la posibilidad de que a los pocos segundos, c minutos, tras la inmersión debida a la fuerza del impacto de caída, el helicóptero, aún no inundado, volviera a la superficie, hasta que estuviese completamente lleno de agua.

Sin vacilar, se quitó la ropa, quedando solamente en sujetadores y pantaloncitos, y se tiró al agua, para nadar hacia el helicóptero, una de cuyas hélices sobresalía en buena parte del agua. Cuando al fin pudo mirar a su interior, a través de la transparente carlinga redonda, palideció.

Allá estaba Sterling Craig, Simón, en definitiva. Retorcido grotescamente, completamente manchado de sangre, con casi todo el cuerpo sumergido en el agua que iba entrando, muy lentamente, en el aparato. Se hundiría antes de cinco minutos… Pero no con Simón. Pudo ver aquel rostro, de perfil. Un ojo abierto, fijo, espantado por la proximidad de la muerte, aterrada la expresión del crispado rostro lleno de sangre. Adiós para siempre, muchacho desconocido.

Estaba pensando el modo de sacar de allí el cadáver de Sterling Craig cuando oyó el rumor de otro helicóptero, acercándose rápidamente. Volvió la cabeza y vio el aparato, aún pequeño, pero agrandándose muy deprisa, y subió por los flotadores. Entró en la cabina y sacó la radio del maletín, accionándola en el acto.

—Adelante —oyó una voz con gran claridad.

—¿Vienen ustedes en el helicóptero que estoy viendo?

—¿Quién es usted?

—Baby.

Se oyó una exclamación. Luego, la voz del hombre, excitada:

—¿Es usted quien está en ese helicóptero que vemos flotando?

—Sí. Quiero sacar de él a Sterling Craig. Escuché su conversación con mi radio… ¿Disponen de servicio de recogida?

—Desde luego… ¿Lo ha visto a él?

—Sí. Dejen colgar el cable, y podrán subir su cadáver… Yo lo engancharé.

Hubo unos segundos de silencio. Luego, la voz del hombre, ahogada, hosca:

—Quiero advertirle, señorita, que si no es usted Baby se está jugando la vida. Llevamos armas para derribarla si intenta escapar.

—*Okay*. Descuelguen ya el cable. El helicóptero de Craig va a hundirse de un momento a otro.

Cuando el otro helicóptero llegó, el cable de recogida ya colgaba, con un gancho de hierro en la punta. El aparato quedó suspendido sobre el de Sterling Craig, y Brigitte, que de nuevo estaba en el agua, metió el gancho en un montante metálico y alzó la cabeza, haciendo señas a los dos hombres que la miraba por un lado del helicóptero suspendido a menos de veinte pies por encima de ella. El cable se tensó, de modo que el helicóptero derribado quedó suspendido. Brigitte abrió la portezuela. La cabina se inundó, pero ella pudo asir a Craig por el cuello del jersey y sacarlo de allí. Lo remolcó hasta su propio helicóptero y lo dejó de bruces cruzado sobre uno de los flotadores. Volvió al otro helicóptero, y de nuevo hizo señas. El cable se aflojó al descender el helicóptero de encima tres pies, de pronto. Y en los segundos de que dispuso, Brigitte quitó el gancho de hierro. Se apartó rápidamente, escapando del remolino de succión que, aunque pequeño, formaría inevitablemente el helicóptero al hundirse.

Ya sujeta al flotador, junto al cadáver de Craig, vio al helicóptero dar una vuelta, girar… Y un segundo antes de hundirse con gran aparato de burbujas, pudo ver, en el fuselaje de aquel helicóptero, el delfín pintado en color rojo cerca de la cola. Un hermoso delfín, en el momento de dar un gracioso salto, llevando una pelota en la cabeza. Y encima, en letras negras, la palabra «Delfacuarium», en arco, como un curvado techo para el delfín pintado de rojo.

Fue sólo un instante, pero los azules ojos de la más completa espía del mundo actuaron como cámaras fotográficas, llevando al cerebro, para siempre, aquel bonito delfín y el nombre de Delfacuarium.

Ya hundido el helicóptero, el cable descendió junto al suyo. Rodeó con él la cintura de Sterling Craig y luego pasó el gancho por su cinturón. Miró a los hombres que la vigilaban atentamente desde arriba, y ella alzó el pulgar. El cadáver fue izado rápidamente. Luego, Baby subió a su helicóptero, y enseguida emprendió el vuelo, hacia la costa, hacia el lugar donde se veían las hileras de palmeras.

* * *

Cuando saltó de su helicóptero, tras descender entre aquel grupo de palmeras, los tres hombres del otro aparato la estaban esperando ya, dos de ellos pistola en mano. Sin hacerles el menor caso, Baby fue hacia donde habían dejado tendido, en el suelo, a Sterling Craig…

Estaba acribillado, destrozado, y se veían algunas quemaduras, producidas obviamente antes de que el helicóptero cayera al agua.

Con mano un tanto temblorosa, Brigitte apartó los chamuscados cabellos de Craig, despejando su frente, y luego cerró sus ojos desorbitados por el miedo, el espanto, la angustia de morir…

—Lo siento, Simón —murmuró—. Como siempre, sé que eso no es un gran consuelo, pero yo pasaré tu factura. Y la cobraré, compañero. La cobraré con creces.

Cuando alzó la cabeza, los dos agentes de la CIA que empuñaban pistolas, las estaban guardando ya, mirándola fijamente.

—No sabíamos que estuviese en Zona Caribe —musitó uno de

ellos.

—Pues estoy en Zona Caribe, Simón —brotó helada la voz de Baby—. Para desgracia de alguien, estoy en Zona Caribe… ¿Podrán enviar a Craig a casa?

—Desde luego.

—Será mejor que se vista —dijo otro—. Puede enfriarse.

Brigitte asintió con la cabeza. Fue al helicóptero y recogió la falda y el jersey, que se puso, absorta, ante las miradas inevitablemente atónitas, admirativas, de los tres espías americanos. Uno de ellos le alargó el paquete de cigarrillos cuando Brigitte estuvo vestida.

—Gracias, Simón. ¿Qué es eso de los delfines?

—No sabemos una palabra sobre el asunto.

—¿No estaban ustedes trabajando con Sterling Craig?

—No… Ni le conocíamos. Simplemente, oímos la llamada a una de nuestras radios de bolsillo, y contestamos. Entendimos que él venía huyendo desde Barbados, y que al fin le habían alcanzado. Sentimos mucho no poder hacer nada.

—Eso lo sentimos todos —musitó Baby—. ¿Conocen algún lugar o compañía llamada Delfacuarium?

—No… Nosotros estamos en Port-de-France. No existe nada con ese nombre ahí. Debe ser un nombre de Barbados.

—Claro… Supongo que lleva un mapa detallado de la Zona Caribe. Me gustaría echarle un vistazo antes de que se haga de noche.

Uno de los espías fue al helicóptero en busca del plano, que extendió poco después en el suelo. Muy bien. Allá estaba la isla de Barbados, antigua colonia inglesa; apenas a doscientos kilómetros de Martinica, hacia el Sudeste. Un lugar del mundo al que nadie prestaba ninguna atención. Una simple isla de cuatrocientos treinta kilómetros cuadrados, con un total de habitantes que no llega a los trescientos mil. Capital: Bridgetown, con unos quince mil. Noventa por ciento de raza mestiza, y el resto europeos, casi todos ingleses. Sus productos principales: gas natural, azúcar, margarina, productos derivados del petróleo, aceites ligeros… Y delfines. Al parecer, delfines.

—¿Qué saben de Barbados? —preguntó de pronto.

—Que es un magnífico lugar para pasar el invierno. Hay

hermosas playas de coral, magníficas villas, buena gente… Un lugar muy agradable y tranquilo. Bueno Parece que no tanto, ¿verdad?

—No… No tanto, Simón. De todos modos, iré a visitar la isla de Barbados.

—De acuerdo Pasaremos el informe a Washington, y ya nos dirán cuándo salimos y cómo iremos a…

—No, no… No es eso. Yo me voy a Barbados inmediatamente. Ustedes van a hacerse cargo de Sterling Craig, y avisarán a Washington de que terminé mi trabajo en Trinidad y ahora salgo hacia Barbados. Eso es todo.

—¿Está diciendo que piensa ir sola allá?

—Por el momento, sí. ¿Pueden conseguirme combustible para mi helicóptero?

—Naturalmente. Pero no debería ir sola allá…

—Iré sola. Ustedes pueden venir allá cuando esté resuelto el asunto de Craig y hayan comunicado con Washington, con la Central, o con el enlace que utilicen. Además, está en Barbados ese hombre negro llamado Josuah Medano. Lo encontraré. Quizá él pueda decirme algo sobre los delfines y ese Delfacuarium.

—¿De dónde ha sacado esa palabra?

—Estaba en el helicóptero de Craig, y puesto que lo robó es de suponer que su dueño tenga algo que ver con esto. Aunque me pregunto qué puede haber de espionaje en un asunto en el que intervienen delfines. ¿Se les ocurre algo?

Los agentes de la CIA se miraron unos a otros. No hubo respuesta, y precisamente eso mismo hizo comprender a Brigitte que no se les ocurría nada. De lo cual no podía culparles, ya que ella tampoco tenía ni la más remota idea de algo que pudiera unir a los simpáticos delfines con una cuestión de espionaje. Eso, en el supuesto de que hubieran entendido bien a Sterling Craig. Pero sí… Debían haberlo entendido bien, ya que ella había visto el delfín pintado en rojo en el fuselaje del helicóptero.

—Parece que hay poco más que hablar —susurró Baby—. ¿Conocen una villa llamada La Mouette? Bueno, la Gaviota, quiero decir.

—La conocemos… —sonrió uno—. Vive allá una encantadora duquesa.

—Esa es la villa —sonrió Brigitte—. Bien pensado, saldré

mañana temprano hacia Barbados. Espero que esta misma noche me proporcionarán el combustible.

—Con toda seguridad. ¿Cómo nos pondremos en contacto con usted cuando nosotros lleguemos a Barbados?

—Sólo tienen que llamarme por la radio de bolsillo. La isla es tan pequeña que su llamada alcanzará mi radio, esté donde esté. Eso es todo muchachos.

Fue hacia donde yacía el cadáver de Sterling Craig, y lo estuvo contemplando unos segundos. Luego, sin haber pronunciado una sola palabra más, fue hacia su helicóptero, con el cual se alejó a los pocos segundos.

Mala suerte. Para Sterling Craig, desde luego. Pero, también, para quien lo había matado o había ordenado su muerte.

Capítulo III

Llegó al aeropuerto de Seawell, a diecinueve kilómetros de Bridgetown, poco antes de las diez de la mañana siguiente. Obtuvo permiso para aterrizar, su pasaporte fue examinado, no hubo nada que oponer, y hacia las diez y media comenzó a preguntar por un negro llamado Josuah Medano. El cual parecía no existir. Nadie sabía nada de él. Ni siquiera en la estación del autobús. Aparte de la línea de *cars* que unía la capital con el aeropuerto, había un servicio bastante bueno de autobuses. Unos vehículos pintados de rojo, que parecían casi limpios, aunque no muy confortables. De todos modos, los viajes en la isla de Barbados son forzosamente breves, y no había por qué exigir una gran comodidad.

Casi al mediodía, cuando ya había desesperado de encontrar por el momento al tal Josuah Medano, y se disponía a comer un par de bocadillos en el restaurante de la estación de autobuses, vio entrar a un negro, alto, atlético, de cabeza redonda y mirada inquieta, que se dirigió a la barra y pidió ron. Debía tener un estómago muy sólido. O bien, como era corriente en Barbados, estaba acostumbrado a tomar ron a cualquier hora: Por algo hay en la isla tres destilerías que producen más de cincuenta marcas diferentes de ron para la exportación principalmente.

Por el modo en que el negro la miró, Baby comprendió que sentía interés por ella. Sin embargo, terminó sus dos bocadillos, tranquilamente. Luego fue a la barra, se sentó junto al negro, y pidió café, sacando ya unos billetes para pagar su almuerzo frugal.

—¿Usted me está buscando? —musitó el negro, sin mirarla.

—Estoy buscando a Josuah Medano… ¿Es usted?

—Quizá. ¿Quién es usted?

—Amiga de Sterling Craig. Lo han matado. Pero antes pudo decirme que le buscase, Medano. ¿Qué tiene que decirme? ¿Qué asunto es ese de los delfines?

El negro miró de reojo a todos lados, cada *vez* más inquieto. Iba a decir algo, pero el camarero llegó con el café para Brigitte, que le sonrió, y lo pagó todo, añadiendo una de sus sensacionales propinas.

—¿No piensa decirme nada, Medano?

—Es peligroso aquí… He, estado escondido desde ayer. Supe que una mujer me estaba buscando, y me pareció que podría convenirme hablar con ella…

—Yo soy esa mujer, desde luego. Y le conviene hablar conmigo. Quizá haya oído mi nombre antes de ahora: Baby, de la CIA.

Josuah Medano no pudo evitar un fuerte respingo, ni mirar directamente a la espía internacional más famosa del mundo entero. Luego, se quedó mirando su vaso de ron. Cuando habló, parecía mucho más tranquilo.

—Eso… cambia mucho el panorama, señorita… Le diré todo lo que sé. Pero no aquí. Es mejor que nos traslademos a Bridgetown… Tomaremos el mismo autobús, que sale dentro de diez minutos. Durante el viaje no nos dirigiremos la palabra… No nos conocemos. Cuando lleguemos a Bridgetown, yo iré hacia un lugar… Sólo tendrá que venir detrás mío.

—¿Qué lugar?

—Al puerto. No tengo coche, pero sí una lancha. Su nombre es *Coral Sea*. Allí podremos hablar tranquilamente. Pero no se acerque a mí hasta entonces.

—De acuerdo… ¿Conoce a un hombre llamado Pierre Beaulaire?

—Es un camarero del Club Marítimo de Barbados, en la bahía de Carlisle, al sur de Bridgetown. Él y yo estábamos trabajando para el señor Craig.

—Magnífico. ¿Y un tal Carlton?

—Sí… Sí, sé quién es —Medano de nuevo nervioso—. Pero, por favor, no hablemos más aquí. Vaya a tomar el autobús. Y no me hable hasta que lleguemos a mi lancha, al puerto.

—Está bien… Oh, Medano, una sola pregunta más: ¿tienen, algo que ver en esto los delfines?

—Sí, sí —Medano estaba tan nervioso que casi vertía el ron del vaso que tenía en una mano—. Tienen mucho que ver. Ya nos veremos en mi lancha.

—Como quiera.

Brigitte terminó su café, salió del pequeño restaurante y se dirigió a la taquilla de boletos, donde obtuvo uno hasta Bridgetown. La mayoría de los demás pasajeros eran negros, y algunos mestizos. Solamente había un blanco, pero otro llegó corriendo cuando el autobús estaba a punto de partir. Ya en su asiento, junto a la ventanilla, se entretuvo mirando el movimiento aéreo del aeropuerto de Seawell. No era muy abundante, desde luego. Cinco líneas aéreas internacionales tienen escala en Seawell, Barbados, uniendo la isla por aire con el resto del mundo. También hay cables submarinos de comunicación telefónica, y radio… Desde Barbados, se puede comunicar con cualquier parte del mundo. En la isla abundan los cerdos, las palmeras, las playas de coral rosado, las orquídeas en flor, y hay una gran extensión de bungavilla tropical. Es todo como un gran jardín. El invierno es cálido, muy agradable, sin lluvia apenas, y vale la pena trasladarse allí para huir del frío de lugares más civilizados.

Después del último pasajero blanco llegó Josuah Medano, corriendo; pero ni aun así fue el último en tomar el autobús, ya que otro negro llegó tras él, casi pisándole los talones. Un negro feo, torvo, con una cicatriz en la cara y grandes dientes blanquísimos. Los dos se sentaron hacia el final del vehículo, secándose el sudor, rezongando… El autobús se puso en marcha enseguida.

Afortunadamente, la red de carreteras de Barbados es en verdad buena, y el viaje casi resultó agradable. Además, diecinueve kilómetros no son muchos. Ni siquiera invirtieron media hora. Por fin, llegaron a Bridgetown, y el rojo vehículo se detuvo, en una plaza cercada por edificios blancos con persianas y puertas verdes, muy tranquila, con altas palmeras que daban una airosa alegría al lugar. Cerca del autobús, algunas mujeres negras, con vestidos de colores, pregonaban su mercancía, que llevaban en grandes cestas sobre su cabeza. Había vestidos, pequeñas prendas, collares… Y frutas, nueces, dulces de varias clases…

Brigitte fue de los últimos pasajeros en abandonar el autobús. Ni una sola vez se había vuelto durante el trayecto para mirar hacia Josuah Medano. Lo hizo entonces, cuando descendía los escalones del vehículo, ya que sabía que él todavía no se había apeado… Lo vio sentado en el sitio que ocupara al abordar el vehículo, impávido, como si no pensara apearse. Parecía dormido. Estaba

apoyado en un lado del autobús, con la cabeza caída sobre el pecho.

Y al verlo, la agente Baby se detuvo en seco. Conocía muy bien aquella postura, aquella languidez corporal, aquella vacía expresión en un rostro humano. Un negro que descendía tras ella la empujó, en su afán de bajar del autobús y creyendo que ella descendería normalmente. Le pidió perdón, y Brigitte lo disculpó con una amable sonrisa absolutamente falsa. Llegó al suelo y se fue hacia la parte de atrás del autobús, apartándose un poco, hasta que pudo ver a Josuah Medano… Era el único que quedaba en el vehículo, y el conductor, un negro sonriente, se acercó a él y le tocó en un hombro… A través del cristal de la ventanilla, Brigitte vio a Josuah Medano desplazarse flojamente hacia un lado. Debió caer de lado en el asiento. Enseguida, vio la mueca de estupefacción del conductor, que se inclinó sobre Medano… A los pocos segundos, el hombre se incorporó, demudado el rostro, desorbitados los ojos, mirándose la mancha de sangre que tenía en una mano. Luego echó a correr hacia la salida del autobús, gritando.

Rápidamente, la espía se apartó de allí, mirando con gran interés a su alrededor. Y no… No pudo ver al negro de la cicatriz en la cara y los grandes dientes blanquísimos, aquel que se había sentado junto a Josuah Medano. Seguramente, la policía de Barbados se encontraría con un gran lío debido a aquella muerte, pero para ella todo estaba escalofriante claro: habían matado a Josuah Medano durante el viaje, quizá hacia el final, con una pistola provista de silenciador. Había sido el negro de la cicatriz, evidentemente… Y ahora, había desaparecido. De donde se desprendía una de estas dos cosas: que ella era una tonta absoluta, o que nadie, jamás, sabe lo suficiente en cuestiones de espionaje.

A prudente distancia, estuvo unos minutos mirando lo que sucedía en el autobús. Llegaron dos policías negros, con pantalones cortos, que se apresuraron a apartar de allí a los curiosos. Había mucha gente allí, excitados todos, queriendo ver el cadáver…

No le interesaba aquello.

Con su maleta en una mano y el maletín en otra, se alejó de aquel lugar, mohína, disgustada muy profundamente consigo misma. Debió prever aquello. A fin de cuentas, Josuah Medano le había dicho que había estado escondido hasta que supo que alguien preguntaba por él. Y debió enterarse muy bien de que era una

mujer blanca, debió relacionarla con Sterling Craig… De otro modo, no habría salido de su escondite. Pero había salido. Y ella no había sabido proteger su vida.

Muy bien. Allí estaba ella, en Bridgetown, Barbados, con una maleta y su maletín. Calles tranquilas, no demasiados autos, población preferentemente negra, palmeras, y un lindo sol. Su siguiente paso no admitía la menor vacilación: el embarcadero del Club Marítimo de Barbados, en la bahía de Carlisle, hacia el Sur. Y para ir allá, nada más práctico que ir al puerto de Bridgetown y buscar la lancha de Josuah Medano, con la cual podría trasladarse al Club Marítimo.

—Soy muy lista —recapacitó disgustada—. Estúpidamente lista.

Llegó al puerto. Funcionaba completamente desde mil novecientos sesenta y uno. Antes, los servicios marítimos de Bridgetown se habían solucionado precisamente en el embarcadero de la bahía de Carlisle…

Encontró pronto la lancha *Coral Sea*. Era pequeña, vieja y sucia, pero parecía capaz de navegar, y eso era lo que importaba. Estuvo mirando a todos lados antes de decidirse a abordarla. Como temía, las llaves del contacto no estaban en el tablero de mandos, de modo que tuvo que arrancar unos hilos para efectuar el contacto directamente. No era nada nuevo ni complicado para ella. Había brújula en el tablero de mandos, pero estaba estropeada. De todos modos, un vistazo a su relojito y luego a la posición del sol fue suficiente para que supiera hacia dónde estaba el Sur. No preguntaría eso.

Divisó la bahía de Carlisle pocos minutos después. Había varios barcos en ella, de poco tonelaje. La mayoría eran pequeños veleros que alguna vez habían estado pintados de blanco, pero que ahora tenían un tono marrón, feo, sucio, deslucido. El embarcadero estaba a poca distancia de la playa. Era un edificio rectangular, sostenido por columnas que lo hacían sobresalir del agua. Al parecer, tenía dos pisos. Uno de ellos para servicio de navegación. El de encima, cerrado por numerosas ventanas de sucios cristales, debía ser el local destinado propiamente a club marítimo. El tejado ascendía suavemente, y en el centro era agudo, en forma de uve invertida. Más allá se veía la playa, más bien sucia, revuelta, con algunos arbustos de hibisco que llegaban casi al borde del agua, mezclados

con palmeras y bungavilla. Todo era paz… Una paz tranquila, suave, como aburrida. El sol calentaba de un modo muy agradable. Parecía que no hubiese vida en aquel lugar, quizá debido a la hora. Debía ser norma general dormir la siesta… Algunas gaviotas planeaban silenciosamente por los alrededores del club marítimo. Eso era todo.

Detuvo la lancha junto a las columnas que mantenían el edificio por encima del nivel de las aguas, y subió por una escalera de resbaladizos peldaños. No se oía nada. No se veía a nadie. El rumor del mar era una grata, sedante compañía. Y los graznidos de las gaviotas… ¡Chíiiíkkk…, chiíiiiiikkk…, chiíiikkk…!

Subió al piso alto. La puerta del club estaba abierta. Entró, sin hacer el menor ruido. No había nadie… Es decir, en las mesas. En el mostrador había un camarero negro ataviado con chaquetilla blanca; había apoyado la cabeza en los brazos, y parecía dormir profundamente.

Brigitte se sentó a una mesita colocada junto a una de las ventanas. Encendió un cigarrillo y estuvo unos minutos contemplando el mar, en silencio, pensativa. Luego miró el timbre que había sobre la mesa, y apretó el botón con la palma de una mano. El camarero negro se agitó, pero tuvo que repetir la llamada para que despertase lo suficiente para mirarla, tras alzar la cabeza como si le pesara una tonelada. Luego salió de detrás del mostrador, y llegó hasta ella, mirándola con sorpresa. Sorpresa por su presencia allí a aquellas horas, y por su belleza resplandeciente.

—Café —dijo Brigitte, sonriendo.

—Sí… Café. Enseguida.

No tardó demasiado. Seguramente, la preciosa desconocida le había despejado lo suficiente para tomarse un cierto interés en el servicio. Sirvió el café. Luego, se quedó mirando el rollo de billetes americanos que había sobre la mesa. Entendía de dinero. Y allí había por lo menos doscientos dólares americanos. Por fin, se dio cuenta de que la hermosa muchacha le miraba sonriente, y sonrió a su vez.

—Estoy buscando a Pierre Beaulaire —dijo ella, siempre con aquella deliciosa sonrisa—. ¿Es usted?

—No.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—En el depósito.

Brigitte se pasó la lengua por los labios.

—¿En el depósito de cadáveres? —musitó.

—Sí. Murió anoche.

—¿Cómo murió?

—Tuvo un accidente. Debió caerse al mar… Quizá no sabía nadar. Era un francés muy extraño…

—Sí, claro… ¿Se ahogó?

—Claro. Estaba debajo del club, ahogado. Muerto. No debía saber nadar.

—Eso debía ser: no sabía nadar… ¿Sabe si dejó algún recado para alguien?

—No.

—¿Dónde vivía?

—No sé… En Bridgetown. No sé dónde.

—¿Conoce un lugar llamado Delfacuarium?

—Oh, sí… ¿Usted quiere comprar delfines?

—Sí. Exactamente eso es lo que quiero.

—Tienen muy buenos delfines allá, en Delfacuarium. Los entrenan muy bien. El señor Carlton está haciendo un buen negocio con los delfines. Vienen a comprárselos de muchos sitios. Tiene dos o tres entrenadores de Estados Unidos, y los enseñan a hacer muchas cosas…

—¿El señor Carlton es… un pescador?

—No, no —sonrió el negro camarero—. Él es un hombre que tiene muchísimo dinero, pero le gusta eso de los delfines. Tiene una pequeña flota, los pescan, los entrenan, y luego los venden. Él lo pasa muy bien con todo eso.

—¿Cómo puedo ir al Delfacuarium?

—¿A la bahía o a la casa?

—No lo sé… A los dos sitios. Me gustaría verlo todo.

—Lo mejor es ir por mar. Verá la bahía muy pronto, hacia el Norte, en la Costa de Platino. Allá viven todos los millonarios como el señor Carlton. Tiene una villa muy grande, muy hermosa… Mucho. También se puede ir a la villa por carretera. Y casi es mejor, porque por la playa no dejan entrar a nadie. Tienen allá los delfines, ¿sabe? Hay muchos carteles prohibiendo el paso con embarcaciones, porque podrían herir a los delfines.

—Sí, entiendo… ¿La villa del señor Carlton está cerca de la playa?

—Claro. Pero ya le digo que es mejor ir por la carretera. Por la playa no podrá llegar hasta la casa. Todo está bien protegido, por los delfines. Tienen muchos allá.

—Estupendo… ¿Sabe si Pierre Beaulaire tenía algún amigo especial?

—¿Especial?

—Un amigo muy amigo.

—Ah… No. Era muy raro. No hablaba mucho. ¿Es usted familia de él?

—No, no… Pero le traía un recado. Bien, está visto que no podré dárselo. ¿Sabe si él tenía tratos con el señor Carlton?

El camarero abrió mucho los ojos.

—No. No lo creo… El señor Carlton tiene mucho dinero, y Pierre no tenía dinero.

—Oh, entiendo muy bien eso —sonrió Brigitte—. Bueno, creo que tendré que ir a comprar los delfines sin poder saludar a Pierre. Lo siento de veras.

—Él murió.

—Sí, ya lo ha dicho. Anoche. Bien —Brigitte acabó su café y se puso en pie—. Adiós.

—Se deja usted… su dinero.

—Es para pagar el café —volvió a sonreír ella—. Y para que no se acuerde más de mí. ¿Cuento con ello?

—Querrá usted decir que me acuerde de usted —sonrió el camarero.

—Puede acordarse todo lo que quiera. Pero no se lo dirá a nadie. No existo. ¿Entiende esto?

—No. Pero ya la estoy olvidando.

—Eso es —sonrió secamente la espía—. De todos modos, le dirían que estaba loco si contaba a alguien que le habían pagado doscientos dólares por un café.

—Claro… Hasta yo creo que estoy loco. ¿He hecho algo importante?

—No demasiado… —musitó Brigitte—. Pero el café era bueno. Adiós.

* * *

Aquella noche, en su habitación del Trafalgar Hotel, nada menos que en Trafalgar Square, en el centro de Bridgetown, la agente Baby recibió la discreta visita de uno de los compañeros que había conocido en la costa de la Martinica, cuando la recuperación del cadáver de Sterling Craig.

—Adelante, Simón. ¿Comunicaron con la Central?

—Sí, desde luego. ¿Qué tal suerte ha tenido usted aquí?

—Yo, no muy mala… Pero estamos recorriendo un camino sembrado de muertes, Simón. Josuah Medano fue asesinado en el autobús. Y me han dicho que Pierre Beaulaire, que servía de camarero en el Club Marítimo de Barbados, en la bahía de Carlisle, murió anoche… por accidente. Lo encontraron ahogado bajo el edificio del club, que está en el mar, sobre soportes.

—No debió ser un accidente —gruñó Simón, un poco pálido—. ¿Y en cuanto a Josuah Medano?

—Bien… No me resulta grato decir que lo mataron poco menos que ante mis narices…

Explicó lo ocurrido con Medano, en el autobús, así como el resto de sus actividades y conocimientos adquiridos durante aquel día en la isla. Luego, extendió un gran mapa de ésta, que se había procurado.

—Tiene usted razón —musitó Simón—: éste es un camino sembrado de muertes…

—Que nos ha llevado a un destino. Tenemos una factura muy elevada que pasar, Simón. ¿Dónde dejó a nuestros dos compañeros, después de llamarme por la radio?

—Están en el puerto, en busca de un par de buenas lanchas para alquilar, tal como usted ordenó.

—Perfecto. No quiero seguir usando la de Josuah Medano. Él y Pierre Beaulaire trabajaban para Craig, de modo que sería un riesgo estúpido continuar con esa lancha. Ahora, atienda… Estuve esta tarde por el mar. Por aquí concretamente —señaló el punto en el mapa—. Es una hermosa franja de playa. La llaman la Costa del Platino. Está llena de hermosas villas de millonarios de distintas nacionalidades. Hay una franja muy espesa de vegetación entre Bridgetown y esa zona… Diríase que hay en la Costa del Platino un

mundo aparte, silencioso, elegante, aislado del resto de la isla. Mansiones enormes, palacetes… Hacia el Sur está la Costa Maxwell, donde también hay algunas buenas villas, pero inferiores. De todos modos, a nosotros nos interesa la zona de la Costa del Platino. Sí… Es muy hermosa. Hay palmeras, hibiscos, orquídeas… Me recuerda bastante las Hawaii. Y las arenas son de coral, finas, brillantes… Ahí, en ese ambiente de lujo y belleza natural, vive nuestro hombre, en una villa sensacional.

—¿Delfacuarium?

—Ese es el nombre del acuario natural que tiene formado en una pequeña bahía… Una cala, más bien. Ah: el nombre completo de ese personaje es Ashley Carlton.

—Ashley… Sí, claro… Craig sólo pudo decir «ley Carlton».

—Lo recuerdo. Debió decir el nombre completo, pero nosotros sólo oímos parte de él. Bien, volvamos a nuestro hombre. Es un millonario muy conocido en la isla. Su *hobby*: la pesca, cría y venta de delfines. Estuve allá, en Delfacuarium, paseando alrededor con la lancha de Medano. Delfacuarium, como le digo, es una cala cercada por redes especiales, sostenidas por fuertes vigas clavadas en la arena. En esas vigas verticales hay muchos letreros advirtiendo que está prohibido el paso con embarcación o sin ella a esa parte de la bahía. Además, hay algunas lanchas vigilando, cada una de ellas con dos hombres a bordo. Las autoridades locales deben considerarlo todo como una precaución puramente pacífica y conservadora, pero nosotros hemos de pensar que hay algo más.

—Bueno… Si hay delfines en ese lugar, es natural que quieran protegerlos, ¿no? Eso, aparte de evitar que se escapen.

—Por supuesto. Realmente, la actitud de Ashley Carlton no puede extrañar ni molestar a nadie. Tiene su playa privada, la ha cercado con redes, y se dedica a la cría de delfines, para entrenarlos y luego venderlos. Está en su derecho. Sin embargo, Simón, ese… criadero de delfines, o lo que sea, ha costado ya la vida a uno de nuestros compañeros y a dos hombres que trabajaban para él. No debemos olvidar esto.

—Es cierto… Quizá sería conveniente darse una vuelta por allí esta misma noche, cortar una parte de esas redes…

—No, no, no… Nada de eso. ¿Qué vamos a ganar metiéndonos en un criadero de delfines? Hay que entrar en la casa, meter a

Ashley Carlton en nuestra tela de araña, saber por qué uno de nuestros compañeros ha dado la vida por un asunto en el que intervienen los delfines.

—No será fácil entrar en esa villa.

—Por el contrario —sonrió fríamente Baby—. Eso va a ser lo más fácil de todo. Ha muerto uno de mis muchachos y dos colaboradores de él… Repito: este camino sembrado de muertes lleva a esa villa, Y yo entraré en ella. Escuche atentamente, Simón: mañana temprano…

Capítulo IV

Un sol radiante, cálido, y un mar azul-verde, transparente, limpísimo, convertían el paseo en lancha en algo auténticamente agradabilísimo. Las redes continuaban alzadas, impidiendo el paso a los extraños al Delfacuarium. Prohibición claramente escrita en inglés, español y francés, y subrayada por la presencia de tres pequeñas lanchas que vigilaban la zona continuamente.

En el centro de las redes había una plataforma, en la que se veían dos hombres que lanzaban al agua pelotas, aros, sombreros y, de cuando en cuando, algún pez, que era engullido rápidamente por uno de los muchos delfines que continuamente saltaban fuera del agua, brillando al sol. De cuando en cuando, además de los delfines, se veían, volando un larguísimo trecho, los famosos peces voladores de Barbados, que parecían crear una brillante espuma por encima de las aguas. La tarde anterior, Brigitte había visto muchos más. Al parecer, era por la tarde, casi de noche, cuando los peces voladores aparecían más numerosos.

Estuvo unos minutos, ya detenida la lancha, contemplando el entrenamiento general de los delfines, sin que nadie pareciera molestarse lo más mínimo por ello, ya que se mantuvo en aguas libres. Luego, volvió a poner la lancha en marcha, rodeó el gran espacio prohibido, y se dirigió hacia la playa. No la siguió ninguna lancha, y supo por qué al llegar a la arena: dos hombres la estaban ya esperando, mirándola con amable curiosidad. Amable curiosidad que se transformó rápidamente en admiración cuando saltó desde la proa de la varada lancha a la arena. Llevaba solamente unos *shorts* listados verticalmente en azul, blanco, rojo y negro, y una media blusita escotadísima y sin mangas que dejaba al descubierto su cuerpo desde debajo de los erguidos senos hasta la cintura. En su muslo derecho, el esparadrapo color carne pasaba inadvertido, no sólo por su parecido con el color de la piel de la espía, sino porque

la perfección de todo cuanto se veía hacía olvidar el esparadrapo, magníficamente colocado. Luego, estaba aquel bonito y vistoso maletín rojo con florecillas azules, que era una nota simpática más en aquella hermosísima muchacha de grandiosos, bellísimos, brillantes y risueños ojos azules. Como suele decirse, su belleza podía tirar de espaldas al más imperturbable de los hombres.

Aquellos dos no cayeron de espaldas, pero, al menos, estaban en verdad turulatos, casi incrédulos.

—¡Buenos días! —saludó risueña la divina espía—. ¿Puedo ver al señor Carlton?

Uno de los hombres era negro. Fue el primero en reaccionar, mirando con expresión devoradora a la «dulce y frágil jovencita».

—¿Qué quiere, del señor Carlton? —preguntó.

—Oh, pues… Comprar delfines, naturalmente.

—El señor Carlton no se encarga de eso. Avisaremos al señor Dowall.

—Ah… Muy bien. Como ustedes quieran.

—Él vendrá enseguida.

El negro se fue hacia la playa que pertenecía a la zona prohibida, mientras el blanco se quedaba allí, como un pasmarote, sin dejar de mirar a Brigitte de arriba abajo. Pocas veces debía haberlo pasado tan bien, con tan magnífico espectáculo… Y gratis. Mientras tanto, Baby, simulando no darse cuenta de las miradas que comenzaban a ser groseras, se dedicó a mirar a todos lados, como distraída… Al fondo, por entre hibiscos y tamarindos, se veía la casa… Pero la había visto ya desde el mar. Grande, blanca y verde, hermosa, rodeada de flores y palmeras que llegaban hasta la playa. Un lugar paradisíaco, no cabía duda… ¿Qué podía haber allí que diese lugar a la muerte de tres hombres?

Regresó el negro, acompañado de un blanco alto, rubio, de ojos oscuros; era atlético, muy bronceado, y tenía una mirada recta y una sonrisa simpática, juvenil.

El clásico deportista trotamundos que lo pasa bien allá donde esté. Un aventurero, a su manera.

—Soy Mike Dowall, señorita —tendió cordialmente la mano—. ¿Entiendo que usted quiere comprar delfines?

—Si… Mi nombre es Brigitte Montfort. Soy periodista, señor Dowall.

—¿Periodista? —Alzó las cejas él—. ¿Y se dedica a comprar delfines?

—No es una actividad humillante… Y puede darme a ganar unos cuantos dólares. ¿Es usted americano?

—Inglés. Pero llevo mucho años por estos lugares, y he estado también en Estados Unidos… ¿Cómo debo entender eso de que puede ganar unos cuantos dólares?

—Hay en Nueva York, donde resido, una compañía privada que quiere montar un espectáculo con delfines. Tengo buenos amigos allí… Supieron que iba a viajar por estos lugares, y me encargaron que me interesase por la adquisición de media docena de tan simpáticos animalitos.

—¿Media docena? Bien… Eso puede dar lugar a un precio especial, señorita Montfort.

—Tendrá que ser muy especial —sonrió ella—. Debo decirle que he estado en otros puntos por el mismo asunto. Y en Miami, sobre todo, me ofrecieron muy buenas condiciones.

—Miami, ¿eh? —Gruñó simpáticamente Dowall—. Bueno, no hay malos entrenadores por allá, debo admitirlo. Sin embargo, usted comprará los delfines aquí. Se lo aseguro. Y le diré por qué: no importa qué condiciones le hayan hecho los de Miami; yo se las ofreceré mejores.

—Bien —rió Brigitte—. Eso es ponerse en razón, señor Dowall.

—Yo estoy aquí como jefe de entrenadores y encargado de las ventas. Es mi trabajo. Y lo hago. ¿A cuánto le han ofrecido los delfines en Miami?

—Pues… Bueno…, ¿cuál es el precio de los suyos?

—Entiendo… —sonrió Dowall—. Yo diré primero el precio. Está bien, está bien… ¿Dos mil dólares cada uno?

—¡Señor Dowall!

—Ejem… Bien, quizá pueda rebajar un poco ese precio. Mis delfines son de los mejores, señorita Montfort.

—Mil quinientos.

—Oh, vamos… ¡Usted quiere que se los regale!

—Mil quinientos, los portes de mi cuenta, y… un favor especial por parte de usted.

—¿Un favor? ¿Qué favor?

—Quiero ver al señor Carlton. Soy periodista, y quisiera hacerle

una entrevista. Puede resultar un reportaje simpático, señor Dowall. Entienda que lo que pueda ganar con los delfines es ocasional, no mi medio de vida. Me interesa más que nada el reportaje, ésa es la verdad.

—Hay mucha gente delicada a esto, señorita Montfort.

—Pero no millonarios que viven en un lugar como éste, y que tienen como *hobby* una playa llena de delfines. Periodísticamente, el reportaje será interesante… Mi última oferta, señor Dowall: usted me consigue la entrevista con el señor Carlton para mi reportaje, y yo me llevo seis delfines por diez mil dólares y los portes a mi cargo. Eso es todo.

—Bueno… Usted es una chica decidida, ¿eh?

—Yo también he corrido un poco de mundo —sonrió Brigitte.

—Sí… Se nota —Dowall se echó a reír—. No puedo prometerle que el señor Carlton la reciba, pero lo intentaré. Tratándose de la venta de seis delfines, quizá acepte. No por el dinero, entiéndalo.

—Lo entiendo, aunque yo no sea millonaria.

Mike Dowall volvió a reír.

—El señor Carlton quizá esté durmiendo todavía. Puede esperar aquí mientras voy a…

—Me gustaría ver la casa, los jardines… ¿Podré tomar alguna fotografía? En colores, naturalmente. Este lugar es muy hermoso…

Mike Dowall se quedó mirándola con el ceño ligeramente fruncido.

—Lo de las fotografías de la casa será más difícil. De momento, venga conmigo. Veremos qué decide el señor Carlton. Vosotros —miró a los dos vigilantes de la playa—, subid a la lancha de la señorita y echad el anclote, que no se vaya mar adentro.

—Sí, señor Dowall.

—Venga, señorita Montfort. Iremos en un *cargolf*.

La llevó hacia las palmeras, en diagonal, esto es, acercándose a la zona prohibida, donde se veía a los delfines saltando continuamente. Desde el mismo borde de la playa un amplio camino de tierra esponjosa, bien regada, parecía llevar a la casa. Allí, bajo la sombra de algunas palmeras, había tres pequeños cochecitos descubiertos, idénticos, del modelo que suele utilizarse para recorrer los campos del golf cuando se concede más importancia a los golpes a la bola que al deporte de caminar.

Subieron los dos a uno de los pequeños vehículos, cuando ya Brigitte había visto, pintado en un lado de éste, la misma marca que había observado en las lanchas: un delfín rojo, con una pelota sobre la cabeza; y encima, la palabra Delfacuarium.

El breve recorrido hasta la casa fue una auténtica maravilla de flora y fauna. No sólo había flores de todas clases, a cuál más hermosa, sino gran cantidad de pavos reales, algunos de los cuales mostraban abierto su fantástico abanico de colores, orgullosamente, emitiendo su grito petulante. Algunos de ellos estaban en los hibiscos, e incluso vio un par en sendas palmeras. La belleza de aquellos estúpidos y engreídos animales era absolutamente magnífica. Todos eran de color. De mil colores. Incluso el sol parecía tomar diversos coloridos en sus rayos que atravesaban el follaje. Era un lugar para quedarse…, y que el mundo se las arregle como pueda. Pero este pensamiento pasó muy fugazmente por la mente de la espía profesional más completa del mundo. Ella, desde hacía años, estaba dedicada a todo lo contrario: a pensar en el mundo, en los demás, en la paz… De todos modos, habría sido grato poder retirarse, abandonar la lucha y quedarse en un lugar como aquél.

Llegaron a la casa después de cruzar una gran extensión de césped, casi sin árboles. A la derecha parecía que había un par de piscinas, y una de ellas debía ser muy grande. Al pasar cerca, Brigitte vio saltar un delfín en aquella piscina.

—Son los seleccionados —aclaró Dowall—. Y sus precios son muy especiales.

—Sí… Lo entiendo.

A la izquierda había un edificio amplio y chato; mejor dicho, era sólo un cobertizo de tejado de ramas sostenido por columnas de ladrillos rojos. Y en ese cobertizo, Brigitte vio algunos *cars* más, tres coches normales, dos helicópteros y dos avionetas… Las dos avionetas, los helicópteros y los *cars* llevaban el delfín rojo saltando con la pelota en la cabeza, y, encima, la palabra Delfacuarium. No podía caber la menor duda de que estaba en la buena pista.

La casa era grandiosa, blanca, hermosa, limpísima. Estaba rodeada por una gran galería cubierta, por cuyas finas columnas pintadas de blanco trepaban los hibiscos, en una abundancia maravillosa, cegadora. Se detuvieron delante de una de aquellas

galerías, junto a la piscina pequeña, en la cual, para asombro de Brigitte, había un negro gigantesco, nadando plácidamente. En Barbados se ha llegado a una solución aceptable en cuanto a la discriminación racial, a excepción de algunos ingleses incultos o apegados a un viejo orgullo mal entendido. Los negros viven bien, a su modo. Pero de eso a permitir Carlton que uno de sus empleados se bañase en su piscina privada… Bien, no tenía por qué asombrarse demasiado, tampoco.

Por tanto, no quiso asombrarse cuando vio a la mujer, en la galería. Una mujer joven, muy bella, de rasgados y oblicuos ojos, y piel amarillenta. Parecía malaya… Sí, debía ser malaya. No quiso asombrarse, pero… ¿qué hacía allí una mujer malaya? Muy joven, hermosa, elegante… Hubo un cambio de miradas entre las dos mujeres. Con sugerencia amable la de Brigitte, impávida la de la mujer malaya, que continuó desayunando, como si estuviera sola, sin mirar al negro con chaquetilla roja que la servía.

—Puede esperar por aquí, señorita Montfort. Por favor, no se acerque a la piscina de los delfines seleccionados.

—Está bien.

Era evidente que no tenía la menor intención de presentarla a la mujer malaya, quien, por su parte, tras la primera mirada, olvidó a Brigitte, casi con insolencia. La espía sonrió secamente, y se acercó a la baranda, mirando de cerca los hibiscos… al parecer. Pero en realidad contemplando al gigantesco negro que nadaba en la piscina pequeña; y mirando hacia la grande. Ahora vio a dos hombres en el borde. Uno de ellos tenía una… caja negra en las manos. Los delfines llegaban allí por debajo del agua, y saltaban de pronto, uno tras otro, ordenadamente. Parecía un disciplinadísimo desfile de soldados. Bueno, algo así.

Fruncido el ceño bajo este último pensamiento, Brigitte se quedó mirando, absorta, el metódico entrenamiento de los delfines, hasta que oyó un rumor de pasos en la galería. Se volvió, y casi sonrió al ver al hombre. Era menudo, delgadísimo, pequeñajo, con una gran cabezota completamente calva, sonrosada; no parecía que le tocase mucho el sol, lo cual era raro en aquel lugar. El personaje tenía unos ojillos grises, diminutos detrás de los gruesos lentes de miope, de cristal redondo. Llevaba *shorts*, una camisa de colores y sandalias. No podía estar más inefablemente ridículo. Debía tener

no menos de cincuenta años, pero parecía un niño tonto y descorazonadoramente inútil.

—Buenos días, señora Madi —saludó en inglés, pero con fortísimo acento alemán—. ¿Descansó bien?

—¡Buenos días, señor Okada! ¿Cómo está el agua?

—¡Muy agradable! —replicó el negro, también en inglés, sonriendo afablemente—. ¿No viene usted, señor Von Mündel?

—¿Yo? No, no… ¡Ni pensarlo! ¿Ha desayunado usted?

—¡Voy enseguida!

—El señor Okada es un magnífico atleta, ¿verdad? Caramba, me gustaría tener un cuerpo como el suyo —bajó la voz—. Aunque blando, desde luego. ¿Ha llegado usted hoy, señorita…?

—Montfort. Sí, hoy.

—Yo soy Wilfred von Mündel, el técnico… especial —sonrió como divertido—. Oh, supongo que ha venido usted a comprar delfines, ¿no es así?

—Desde luego.

—Ah… Están muy bien entrenados, se lo garantizo. Claro que no es el delfín lo más importante, usted ya sabe… ¿De qué país es usted?

—De Estados Unidos.

Wilfred von Mündel se asombró. Se asombró muchísimo, sin que Brigitte pudiera comprender por qué. ¿Qué tenía de extraño que ella fuese norteamericana? Sin ir más lejos, allá mismo había una chica malaya… ¿Por qué asombrarse ante una ciudadana estadounidense?

Von Mündel pudo cerrar la boca, por fin, recuperándose de su estupor.

—¿De Estados Unidos? —musitó—. ¿De USA?

—Desde luego… —rió Brigitte—. Parece que eso le sorprende muchísimo, señor Von Mündel. ¿Por qué?

—Bueno… Pues no sé… Es una tontería, ¿verdad? Discúlpeme, tengo mucho trabajo hoy… ¿Ha desayunado usted? Me gustaría invitarla.

—Ya he desayunado. Estoy esperando al señor Carlton.

—Ah. ¿Sabe él que usted es norteamericana?

—Se lo he dicho al señor Dowall… ¿Por qué no?

—Es extraño. Muy extraño, porque…

—¡Wilfred! —Mike Dowall apareció en la galería, mirando hoscamente a Von Mündel—. ¿Todavía está aquí?

—Oh, bueno, la señorita Montfort y yo… estábamos conversando. Ella dice que es norteamericana y que quiere comprar delfines, de modo que me ha sorp…

—Yo me encargo de la señorita Montfort, Wilfred. Tome su desayuno y vaya a su trabajo. Esto no es cosa de usted.

—Lo sé, lo sé. Sólo quise ser amable… Bien… Ha sido un placer, señorita Montfort. ¿De veras no quiere desayunar conm…? Oh, ya ha desayunado, es cierto… Con permiso.

Se sentó a la misma mesa que la malaya llamada Madi, bastante azorado, y el sirviente negro comenzó a servirle el desayuno, muy frugal…

—El señor Carlton la atenderá —murmuró Dowall, todavía un tanto irritado—. Bajará dentro de unos minutos. ¿Tomaría café, quizá?

—Café, sí. Gracias.

Ashley Carlton tardó apenas cinco minutos en hacer su aparición en la terraza de hibiscos. Y cuando lo vio, Brigitte Montfort, alias *Baby*, se dijo que cualquier mujer tenía que pensar, forzosamente, que valía la pena esperarlo.

Capítulo V

Ashley Carlton no era demasiado alto, ni demasiado atlético, pero tenía unas proporciones admirables. Llegaba en albornoz blanco, de modo que resaltaba su piel profundamente bronceada. Recién afeitado, olía a masaje facial, que contribuía aún más a su aire varonil, serio, elegante. Cabellos bien recortados, nariz recta, mentón agudo y sólido, labios duros… Los ojos eran oscuros, vivos, inteligentes, afables. Un tipo de hombre que no abunda, precisamente.

La miró con discreta curiosidad, consiguiendo muy bien no demostrar excesiva admiración por la belleza de la espía. Su actitud era cortés. Correcta, simplemente. Podía estar pensando mil cosas sobre la divina espía, pero ni un solo gesto delató sus pensamientos de hombre ante una bellísima mujer.

—¿Señorita Montfort?

—Sí… ¿Es usted el señor Carlton?

—En efecto. Mike me dice que se interesa usted por media docena de delfines, y que ofrece un precio aceptable. Pero dudo que me convenga el resto de sus condiciones… ¿Le importa que me siente con usted?

—Esta es su casa —sonrió ella—. ¿O no?

—Lo es —sonrió también él, sentándose, tras hacer una seña al camarero negro—. Y está a su disposición… personal.

—No comprendo.

—Me refiero a obtener fotografías de ella… Temo que no voy a autorizarla. Francamente, no me gustaría que mi villa apareciese en un periódico o una revista, como si fuese un modelo en venta. Aparte, tengo excesivo aprecio a mi intimidad. Lo lamento.

Brigitte parpadeó.

—Bien… Está usted en su derecho, señor Carlton. Espero que mi proposición no le haya molestado. Comprenda: soy periodista.

—Lo comprendo —volvió a sonreír él; miró al silencioso, casi sombrío Mike Dowall—. Quizá sería interesante que comenzases a apartar los delfines de la señorita Montfort, Mike.

—Sí, señor Carlton. Quisiera… decirle algo.

—Ah… ¿Nos disculpa un instante, señorita Montfort?

—Desde luego.

Los dos hombres se levantaron, y fueron hacia un extremo de la florida galería. Baby tenía un oído finísimo, pero no pudo captar una sola palabra. Lo que sí captó fueron algunas miradas que los dos dirigían hacia la mesa que ahora compartían la malaya, el negro atlético y el ridículo Wilfred von Mündel. También vio cómo por un segundo, el rostro de Carlton se ensombreció, fija su oscura mirada en el menudo alemán sonrosado. Y esto le gustó: era evidente que Von Mündel había dicho algo conversando con ella que tenía preocupado a Mike Dowall. Y, ahora, también a Ashley Carlton.

Estaban todavía hablando los dos cuando aparecieron otros dos hombres, vestidos con «monos» blancos y llevando como collar unos lentes de pilotos.

—¡Mike! —llamó uno de ellos—. ¡Vamos a salir ya! ¿Ordena alguna cosa, señor Carlton?

Dowall aprobó con la cabeza, mientras Carlton movía un dedo negativamente. De modo que los dos hombres se alejaron, hacia donde estaban las avionetas. Para entonces, Brigitte había ya «fotografiado» sus rostros en su mente. No los olvidaría. Y si eran los que habían matado a Sterling Craig…

—Discúlpeme —musitó Carlton, al regresar a la mesa—. Algunas veces tenemos demasiado trabajo. Ah, gracias, Joe… ¿No quiere más café, señorita Montfort?

Ésta movió negativamente la cabeza, y el negro, tras dejar ante Carlton café, tostadas, y un batido de huevos, se alejó. A Carlton le gustaban las tostadas con tragos de batido de huevo. Era interesante. Finalmente, tomaría el café…

—Discúlpeme por desayunar en su presencia, pero hoy voy a estar muy ocupado, y en verdad, el tiempo es oro. Estábamos hablando de que no podré autorizarla a fotografiar mi villa, ¿no es así?

—Sí, así es. ¿Tampoco podré hacer un reportaje sobre usted?

Sería una magnífica propaganda para Delfacuarium, señor Carlton.

—¿Usted cree? —Pareció asombrarse él.

—¿No?

—Quizá en cierto modo. Pero su artículo o reportaje, realmente, no iba a beneficiarme en nada. En primer lugar, y no lo tome como una tonta presunción, tengo el suficiente dinero para que no me preocupen unos cuantos dólares más. En segundo lugar, por bueno que fuese su reportaje, sólo despertaría curiosidad, pero no aumentaría mis ventas. Quien siente interés por comprar delfines, ya conoce Delfacuarium, o al menos ha oído nombrarlo.

—Vaya… Seguramente, tiene usted razón, señor Carlton.

—Me temo que sí —sonrió él, amablemente.

—O sea, que no puedo contar con que acceda usted a mis… condiciones.

—Lo lamento de veras. Entiéndalo: si Delfacuarium fuese una compañía pesquera, o algo así, yo incluso le agradecería su interés. Pero esto es sólo un pasatiempo mío. Quizá le parezca un poco insociable, señorita Montfort, pero no me gusta la publicidad sobre mi persona o propiedades. Y mucho menos, aparecer en periódicos o revistas. Es un pasatiempo «mío», no de los demás. Vendo delfines, ciertamente, pero lo hago porque no sabría qué hacer con ellos una vez entrenados… Me divierto, practico un bonito deporte, y con los beneficios pago a mis empleados generosamente. Todos contentos. Pero eso sólo nos interesa a los que componemos Delfacuarium. Y lo digo sin intención de ser brusco.

—No es usted brusco, señor Carlton.

Éste había vuelto la cabeza hacia la mesa donde estaban los tres dispares personajes. Von Mündel se había puesto en pie, y dispuesto a irse. De pronto. Carlton volvió a mirar a Brigitte, sonrió, y dijo, en alemán:

—Es usted una maldita hija de perra sarnosa, jovencita.

—¿Cómo dice? —sonrió Brigitte, sin inmutarse, aunque por supuesto había entendido perfectamente.

—Discúlpeme… Estaba pensando que tengo algo que decirle a Wilfred y le he hablado a usted en alemán.

—Pues como si me hubiese hablado en idioma de Marte, señor Carlton. ¿Qué me decía usted?

—Un momento, por favor… ¡Wilfred!

Von Mündel se acercó rápidamente a la mesa, sonriendo como un conejito miedoso. Apenas había llegado junto a ellos, Cartón le espetó, duramente, en alemán:

—¿Cuándo aprenderá a tener la boca cerrada?

—Perdóneme, Ashley —musitó Von Mündel, también el alemán —. Tiene usted razón. Pero vi a la señorita, y rae pareció que era una clienta como la señorita Datua Madi o Jeno Okada… Me callé en cuanto supe que era norteamericana.

—Quizá habló demasiado. ¿Qué le dijo?

—Oh… Nada que ella pueda entender. Se quedó un poco sorprendida, eso fue todo. Se lo aseguro. No hay que preocuparse.

—Estamos esperando de un momento a otro a un nuevo cliente de los delfines seleccionados, Wilfred. Afortunadamente, usted estará ya en la playa, trabajando. Pero le advierto: es la última vez que usted habla con nuestros clientes sobre los asuntos de Delfacuarium. Puede hablar con ellos de cualquier otra cosa. ¿Está claro?

—Sí, sí… Aunque no veo por qué. Todos saben lo que vienen a comprar aquí, y para mí es una pequeña satisfacción presentarme como el inventor de…

—Guarde sus satisfacciones para otros momentos. Por lo menos, espere a tener la seguridad de que está hablando con la persona adecuada. Es usted como un niño con juguetes peligrosos, Wilfred.

—Lo siento de veras… Comprendo que tiene usted razón, Ashley. Procuraré hablar menos, y sólo cuando esté seguro de que puedo hacerlo.

—De acuerdo… No me gusta reprenderlo, Wilfred, pero usted solamente entiende de su trabajo. De lo demás me encargaré yo. Eso es todo. Ahora, puede irse a la playa, a su trabajo.

—Sí… Hasta luego —miró a Brigitte, sonrió, y se despidió en inglés—. Adiós, señorita Montfort.

—Adiós, señor Von Mündel.

El calvo personaje se alejó, y Carlton encendió un cigarrillo, tras ofrecer a Brigitte, que comentó:

—Parecía que le estaba usted riñendo, ¿verdad? ¡El alemán es un idioma tan rudo!

—Un poco áspero, nada más. Bien, señorita Montfort, ya ve usted cómo ocupa mí tiempo mi acuario particular. Está

adquiriendo tal envergadura que pronto dejará de ser un *hobby* para convertirse en un negocio. Y si eso ocurriese, lo abandonaría. No me gustan los negocios con las cosas de satisfacción personal. Entonces…, ¿preparamos media docena de delfines?

—Pero usted no va a permitirme tomar fotografías, ni escribir nada sobre esta villa…

—No.

—Bueno… Yo había pensado que podría ganar mil dólares con ese reportaje, comprenda…

—Oh, sí —sonrió él—. Comprendo. Está bien, le venderé esa media docena de delfines por nueve mil dólares. Salen a mil quinientos cada uno. Portes a cargo de usted. ¿Fue ésa su primera oferta a Mike?

—Sí… ¿Debo marcharme ahora?

Carlton se quedó mirándola en verdad sorprendido.

—Supongo que sí… No comprendo. ¿Ha querido decir algo… especial?

—Me gustaría quedarme con usted. ¿No es posible?

—¿Quedarse en Delfacuarium? ¿Para qué?

—En Delfacuarium, no: «con usted». Confieso que me ha… impresionado usted, señor Carlton.

Éste alzó las cejas. De pronto, volvió la cabeza.

—¿En qué la he impresionado?

Ella bajó los ojos; estaba deliciosamente ruborizada.

—En nada —musitó—. No, en nada. Adiós, señor Carlton. Si tiene algo que decirme, yo… estoy en el Trafalgar Hotel, en Bridgetown. Sola.

Se quedaron mirándose fijamente, todavía un poco «ruborizada» la más hipócrita espía del mundo.

—Lo tendré en cuenta —musitó Carlton—. La acompañaré ahora hasta su lancha.

—Oh, no se moleste…

—No es molestia. Tengo que ir allá. ¿Prefiere ir en uno de los cars, o paseando?

—Con usted, paseando. Bueno, quiero decir… que tiene unos jardines muy hermosos… No sé si he soñado, pero juraría haber visto pavos reales.

—No ha soñado —sonrió Carlton—. Cuando usted quiera.

Se pusieron en pie, y ya se alejaban de la mesa cuando el atlético negro llamado Jeno Okada hizo una seña a Carlton, que tras musitar una disculpa se acercó a la mesa que compartía Okada con la malaya. Estuvieron hablando apenas un minuto. Carlton señaló hacia la piscina grande donde se veía saltar a los delfines seleccionados. Cuando se alejaban con Brigitte junto a él, la espía pudo ver a la malaya y al negro acercándose a la piscina grande.

A quien no vio por ninguna parte, a pesar de buscarlo con interés disimulado, fue a Wilfred von Mündel, el ridículo hombrecillo sonrosado. Mike Dowall se acercó para decirle a Carlton que Morton y Sirto estaban ya mar adentro, pero que aún no habían llamado por la radio informando sobre la presencia de delfines; sin embargo, la lancha grande estaba lista, con las redes preparadas para la pesca en cuanto la avioneta avisara de la presencia de delfines.

Y no. Wilfred von Mündel no se veía en ninguna parte. Finalmente, la mirada de la espía internacional cayó sobre la plataforma flotando en el centro de la pequeña bahía. Junto a la plataforma, había dos lanchas. Cuando ella llegó, solamente había una, y dos hombres en la plataforma. Ahora había dos lanchas, pero seguía habiendo tan sólo dos hombres. ¿Quién había llevado aquella otra lancha hasta allí? ¿Von Mündel? Entonces, ¿dónde estaba el diminuto y miope hombrecillo? Desechó enseguida la idea de que se hubiese sumergido. No tenía ni las más elementales condiciones físicas para poder hacerlo. Pero… ¿dónde estaba el pequeño alemán?

Ashley Carlton la despidió muy cordialmente, mirándola de un modo directo, especialísimo, a los ojos. Ella correspondió apretando dulcemente la mano del hombre, unos segundos más de lo normal. Luego, los dos vigilantes acercaron la lancha a la playa, de modo que Baby pudo abordarla sin mojarse. Se despidió saludando con la manita, siendo correspondida del mismo modo por Ashley Carlton. La cita era para el día siguiente; entonces, ya le tendría separados los seis delfines en una de las grandes cestas metálicas.

Cuando ya la lancha de Baby se había perdido a lo lejos, un negro apareció de entre las palmeras. Un negro torvo, feo, con una cicatriz en la cara.

—Señor Carlton…

—¿Eh…? Ah, Phileas… ¿Ocurre algo?

—Sí, señor Carlton. Esa mujer que estaba con usted viajó ayer en mi autobús, y en el de Josuah Medano.

—¿Estás seguro? —Palideció ligeramente Carlton.

—Sí, señor. Medano entró en un restaurante, del cual salió ella poco después.

—¿Los viste juntos?

—No, señor. Yo me quedé fuera, esperando a Medano. Ella salió antes, y fue a tomar el autobús para Bridgetown. Yo me quedé esperando que saliera Medano. Él salió con el tiempo justo para correr al autobús, y yo fui tras él. Nos sentamos juntos, atrás. Fue cuando lo maté, casi al llegar a Bridgetown.

—¿Medano y esa mujer hablaron en el autobús?

—No, señor.

—¿Se interesó ella por Medano de algún modo cuando se dieron cuenta de que estaba muerto?

—No… No, señor. Estuvo mirando unos minutos, pero se fue tranquilamente.

—¿Adónde?

—No sé… Yo creí que era todo coincidencia, y me vine para aquí. Pero ahora, al verla en la villa… Me pareció que debía decírselo, señor Carlton.

—Has hecho muy bien, Phileas… Muy bien. Vamos a la casa: tú y Tommy vais a estar muy ocupados durante el día de hoy.

* * *

—¿Entendido todo, Simón?

—Descuide, Baby. Pero me parece demasiado peligroso…

—Lo sé. Sin embargo, ustedes harán lo que le he dicho. No me fallen. ¿Tienen bien localizado el lugar, en el mapa?

—No se preocupe por eso. En lo que insisto…

—Iré sola. Ustedes tienen que permanecer a la expectativa. Vigilen bien la villa, eso es todo. Vean si pueden conseguir teleobjetivos, y consigan fotografías de todas las personas que haya en esa villa. Entiendo que hoy llegará otro cliente de Delfacuarium. Quiero todas las fotografías posibles. Pero no intervengan directamente, Simón. Es una orden tajante.

—Está bien. De todos modos, si estuviese en algún apuro…

—No creo que esta noche puedan verme de ninguna manera. Pero si así fuese, y mi apuro fuese realmente grande, lanzaría una bengala roja. Si eso ocurre, sepan que deben entrar en la villa listos para matar. ¿Entendido?

—*Okay*.

—Bien. Pasaré el resto del día paseando, como una turista inofensiva. Incluso dormiré la siesta Dice el refrán: «donde fueres, haz lo que vieres».

—Que descanse —rió Simón.

—Soy como una gatita. Allá donde me tumbo, descanso. Todos los sitios son buenos. Eso es todo, Simón. Y asegúrese de que el equipo que le he pedido sea todo de la mejor calidad.

—Será de la mejor calidad y estará en el punto convenido… ¿Algo más?

—No. Pin.

Cerró la radio, la tiró dentro del abierto maletín, y dedicó toda su atención al mar. Antes de alejarse de aquel punto, no demasiado alejado de Delfacuarium, todavía dio un par de vueltas, asegurándose de que había indicado bien el lugar a Simón. Sería absurdo que los preparativos de incursión de la agente Baby se estropeasen por una mala indicación cartográfica.

Capítulo VI

No.

No hubo fallo alguno. Ni siquiera tardó un minuto en encontrar el gran paquete oculto entre unos arbustos, junto a la palmera señalada con una cinta blanca que rodeaba el tronco. El paquete estaba envuelto en lona impermeable, y pesaba considerablemente, pero Baby lo asió por los extremos anudados, y se lo cargó sobre un hombro, alejándose silenciosamente, de regreso a la playa, distante apenas cien yardas.

Más no se dirigió hacia donde había dejado su lancha, escondida entre un pequeño grupo de rocas en el agua, sino en diagonal, siempre acercándose a Delfacuarium. Por fin, se detuvo entre un grupo de rocas casi metidas en el mar. En el cielo había un delgadísimo arco lunar solamente, pero miles de brillantes estrellas ayudaban mucho a una relativa visión. Sólo se oía el rumor del mar, incesante, suave, desplazando las arenas de coral. Las pequeñas olas mostraban en sus espumeantes crestas un tono anaranjado pálido, igual que los peces voladores que saltaban continuamente sobre las brillantes aguas; eran como fogonazos describiendo larguísimos trazos en el aire.

Baby se desnudó rápidamente, quedando sólo en bikini. Luego deshizo el paquete que Simón había dejado en el sitio convenido. Lo primero que hizo fue examinar el tubo de aire para inmersiones, asegurándose de que su funcionamiento era perfecto. Se puso el traje negro de goma, las aletas, los lentes, el cinturón con plomos, el cuchillo… Examinó también el fusil acuático, antes de colgárselo del cinturón de plomos, con los seis delgados y pequeños arpones de hierro. Lo último que hizo fue meter sus ropas en el maletín, y éste dentro de la bolsa de plástico que siempre llevaba precisamente en el maletín. Se colgó éste de un hombro, asió la linterna acuática, y se deslizó hacia el mar, sumergiéndose silenciosamente,

arrastrándose sobre la arena y bajo las pequeñas olas. Tenía por delante casi media milla antes de llegar, por debajo del agua, a Delfacuarium. Pero esto era lo de menos: llevaba aletas de goma, y no era la primera vez que efectuaba una incursión de este tipo, aprovechando sus magníficas dotes natatorias.

Tardó menos de cinco minutos en llegar a la red que cerraba el acuario privado de Ashley Carlton. Había ido apareciendo a intervalos regulares en la superficie, no sólo para vigilar lo que pudiera haber cerca de ella, sino para escapar un poco de cierta impresión sobrecogedora debida a la negrura del mar. Era como estar ciego en un mundo tenebroso, frío, en el que no había que descontar la posible presencia de tiburones.

Empero llegó sin novedad, sumergiéndose silenciosamente cada vez que oía acercarse una de las lanchas de vigilancia, dejando tras ella, bien visible, una blanca y brillante raya de espuma. Convencida de que no había sido vista, se sumergió hasta el fondo de la bahía, que era más profunda de lo que había pensado. Calculó que la distancia hasta la superficie no era inferior a los setenta y cinco u ochenta pies. Profundidad suficiente para que sus oídos comenzaran a protestar por la fortísima presión, a pesar de la protección de los tapones de goma y del casco del equipo de «rana».

Con el cuchillo, cortó las redes lo suficiente para poder entrar sin contratiempos. Tenía que asegurar muy bien todos sus movimientos, pues iba cargada con el fusil, el maletín, y además, era fácil engancharse en la red con el tubo del aire, si no abría suficiente boquete.

Sin novedad también en este aspecto.

Así pues, se encontró, por fin, en aguas del Delfacuarium. Encendió un instante la linterna, y casi perdió la boquilla cuando estuvo a punto de gritar instintivamente al encontrar ante ella dos gigantescos delfines. Dominando su sobresalto, ajustó bien la boquilla del aire, y descolgó el fusil, cargándolo con un arpón… por si acaso. Pero, evidentemente, los delfines eran amistosos. Muy pronto comprendió que no la atacarían de ninguna manera. Simpáticos animalitos, en verdad. Inofensivos, juguetones, alegres… ¿Qué más se le podía pedir a un animal?

En pocos segundos, se encontró completamente rodeada de delfines. Allá donde dirigiese la luz de la linterna acuática, había

delfines. No menos de cuarenta, quizá. De diversos tamaños y ligeramente variado su colorido gris. Está definitivamente comprobado que el delfín es un animal amistoso con el hombre… Pero, sin duda alguna, hacía falta un valor muy sólido, una gran sangre fría, para nadar por entre cuarenta o cincuenta de aquellos animales, la mayoría de los cuales medían más de siete pies. Se acercaban, giraban, pasando muy cerca de Baby, incluso rozándola; formaban una espesa red moviente que parecía imposible de atravesar. Era como estar en el centro de un pavoroso enrejado vivo.

De cuando en cuando, la luz de la linterna daba en los ojos de alguno de ellos, de lleno; unos ojos grandes, redondos, vivos, que parecían sonreír alegremente, como divertidos por la visita en su pequeño reino de transparentes aguas, como bailando en una bienvenida cordial y sincera.

Admirables… y simpáticos en verdad.

Baby llegó pronto a la plataforma. Es decir, bajo ésta… Y lo primero que vio bajo la gran masa oscura del andamiaje de madera, fue aquella gruesa columna que no era de madera. Parecía de cinc… O quizá de aluminio. Aquella columna metálica nacía debajo mismo de la plataforma y se alargaba hacia el fondo. La golpeó suavemente con el mango del cuchillo, y le pareció que sonaba a hueco. En verdad intrigada, fue descendiendo más y más, siempre con una mano tocando la columna metálica hueca… Y el final de ésta la llevó a una nueva sorpresa: la columna penetraba en una pared de madera… No. No era una pared… Era la cubierta de una embarcación… De un yate. Un yate grande, y que no estaba pintado de blanco, sino de un verde suave, parecido al de las aguas que lo sepultaban más de setenta y cinco pies.

La utilidad de aquella columna metálica hueca fue pronto evidente para Brigitte, y le aclaró dónde había estado Wilfred von Mündel aquella mañana: dentro de aquel yate. Debía haber una compuerta en la plataforma que comunicaba con el túnel vertical metálico. Desde la plataforma, se descendía, seguramente por peldaños de barra metálica, hasta el interior del yate. Desde luego, aquella amplia tubería pesada perfectamente empotrada en la cubierta, de modo que era imposible penetrar por allí si no se llegaba desde la plataforma. Se apartó, y dio una vuelta alrededor

del hundido yate, buscando una entrada, cualquier resquicio.

No existía ninguno.

Todo estaba tapado.

Todo: las entradas al sollado y las cabinas, las redondas ventanas del casco, la salida del ancla, los orificios de expulsión… Todo sellado herméticamente con chapas metálicas clavadas sobre la madera. Y desde luego, el yate estaba lastrado, como empotrado por la quilla en la arena. Algunos cables iban desde la borda hasta la arena, donde desaparecían, seguramente sujetos a grandes pesos hundidos o a cualquier cosa que los sujetaba con gran fuerza.

La conclusión era obvia: una casa bajo las aguas. Una original y costosa casa bajo las aguas, pues el yate era muy grande, y no parecía haber estado en malas condiciones cuando fue hundido. Al contrario.

Convencida de que por abajo no encontraría modo de entrar en el yate, regresó hacia la superficie. Se detuvo unos segundos bajo la plataforma, buscando la descompresión: podía morir reventada si aparecía en la superficie de pronto, tras haber estado a setenta y cinco pies de profundidad.

Y mientras esperaba, ya con la linterna apagada, sabía que, como en todo momento, los delfines surcaban el agua muy cerca de ella, juguetones, amistosos, simpáticos, Finalmente volvió a encender la linterna, apenas un segundo, para ver hacia dónde debía dirigirse. Estuvo a punto de respingar nuevamente al verse completamente rodeada de los simpáticos peces, pero ya les había perdido todo recelo.

Apareció junto a la plataforma, en silencio, y pudo oír con más claridad los motores de las lanchas de vigilancia, muy cerca de allí…, pero al otro lado de las redes. No llegarían hasta ella, al menos con las lanchas. Algunos delfines se deslizaban ahora por la superficie, y tres o cuatro de ellos sacaban sus cabezas fuera, mirándola alegremente. Se hundían, aparecían otros…

—Hola, hola —Brigitte agitó una manita hacia aquellas cabezas simpáticas—. ¿Qué tal, pequeños?

Alrededor de la plataforma, el agua parecía hervir en un continuo aparecer y desaparecer de delfines, la mayor parte de ellos delante de la espía, que estaba respirando aire directo, ansiosamente, muy abierta la boca. Alzó un brazo, hacia el borde de

la plataforma, que era como una gran caja, pero no llegó. Tendría que impulsarse un poco, cosa que los delfines harían con toda facilidad. Ella los había visto saltar hasta cuatro yardas por encima del agua, en busca de un pez ofrecido por su entrenador.

Estaba a punto de impulsarse para llegar al borde de la plataforma, cuando cayó en la cuenta de que las lanchas se oían cada vez más cerca. Seguramente, estaban viendo a los delfines saltar por la superficie, y acudían intrigados. Y al mismo tiempo que comprendía, esto, oyó también el petardeo del motor de uno de los pequeños *car golf*, acercándose desde la casa. Muy pronto, divisó el pequeño vehículo llegando a la playa, y a los dos hombres que, tras apearse rápidamente, corrieron hacia la orilla del mar. Uno de ellos encendió una linterna, y comenzó a enviar señales de morse hacia las lanchas. Señales que fueron fácilmente comprendidas por Baby. Decían: alerta… alerta… alerta…

¿Qué estaba ocurriendo? ¿La habían descubierto a ella, quizá por algún sistema de alarma que ella no había visto en la redes? ¿O quizá en la gran tubería metálica?

De las lanchas brotaron enseguida potentes chorros de luz, que se dirigieron, en primer lugar, hacia la plataforma. Tuvo el tiempo justo de sumergirse, tras colocarse a toda prisa la boquilla del tubo de aire en la boca. Por encima de ella, las aguas se iluminaron intensamente, brillando de un modo cegador, impresionante; la luz parecía romperse en mil pedazos al atravesar el agua, iluminando delfines, que cada vez estaban más agitados, más divertidos, quizá. ¿Un juego nuevo? ¡Pues a jugarlo!

Fuese o no fuese ella a quien buscaban, Brigitte comprendió que era un suicidio intentar salir por el boquete que había hecho antes en la red. Los de las lanchas estarían ahora vigilantes, lanzando los focos de luz hacia todos lados. Con toda seguridad, verían las burbujas de su tubo de aire, y eso significaría que sería fatalmente cazada. O enseguida, o cuando finalizado el aire del tubo, tuviera que subir a la superficie.

Nadó rápidamente hacia la orilla, seguida por algunos delfines, cuyos cuerpos brillaban, como a trozos, bajo las potentes luces… De pronto, ya no hubo más luces por allí. Debían estar buscando hacia otra parte.

Cuando llegó a la playa, había más hombres en ésta, recién

llegados en los *cargolfs*. Las luces de sus linternas se dirigían hacia el agua, y Baby hizo lo único que podía hacer: se quitó las aletas de goma de los pies, salió del agua a menos de cien yardas de aquel grupo de hombres, y corrió hacia las palmeras. Cuando se dejaba caer entre ellas, jadeando, ya dos o tres hombres corrían hacia aquella parte de la playa, iluminándola con sus linternas.

—¡Que no salga de ahí! —Oyó la voz de Mike Dowall—. ¡Disparad a la menor sospecha de que pueda ser ella!

Los hombres corrían repartiéndose por la playa, en tanto Brigitte, sobrecogida, comprendía que, de un modo u otro, sabían que era ella quien había conseguido llegar hasta allí. Se quitó los lentes, y tubo del aire, así como el cinturón de plomos. Lo dejó todo apilado entre unas matas. Por fin, tras sacar el maletín de la bolsa de plástico, lo abrió, y tomó su pistola de cachas de madreperla. Luego, sonriendo secamente, invisible con el traje de goma negro, comenzó a caminar por entre palmeras y flores hacia la casa, que se veía iluminada.

* * *

—¡Debiste avisarme antes! —Casi gritaba Ashley Carlton—. ¡Es posible que ella haya conseguido llegar ya hasta el yate!

El negro Phileas estaba consternado y asustado.

—No pude llegar antes, señor Carlton… Tommy se quedó por allí, en nuestra lancha, pero yo tuve que venir a pie hasta aquí, y usted sabe que eso no es fácil por estos lugares… Y si hubiésemos venido en la lancha, ella nos habría oído y visto, y habría escapado… Pensé que usted preferiría apresarla.

—Sí… Está bien, Phileas, está bien…

—Quizá no haya venido hacia aquí —sugirió Von Mündel.

—¿Eso cree? —Lo miró hoscamente Carlton—. Esa mujer tiene una lancha, sale de noche con ella, llega a una playa cerca de aquí, desembarca… y desaparece. ¿Adónde cree que puede haber ido? ¿A buscar luciérnagas?

—Tampoco podemos asegurar que haya venido hacia aquí —musitó Von Mündel—. Y mucho menos por el mar.

—Mire, Wilfred, ya le dije esta mañana que usted se ocupe de sus cosas. Yo me ocuparé de las mías. Esa chica podía tener un

equipo de inmersión cerca de aquí… ¿no lo comprende?

—Creo que está desorbitando las cosas, Ashley. Una muchacha tan dulce y delicada…

—¡No diga ya más tonterías! ¡Han sido suficientes por hoy…! ¡Usted y su maldita bocaza, siempre abierta…!

—Todo esto supongo que significa contrariedades para nosotros, señor Carlton —dijo Jeno Okada, también sentado confortablemente en uno de los sillones del *living*—. Contrariedades… o dificultades. Nuestra estancia aquí es de incógnito. No queremos que nadie sepa que estamos en este lugar, comprando sus delfines de la muerte. Y si no vamos a poder ver mañana su demostración, ni tenemos seguridad de que…

—Yo lo arreglaré todo… —masculló Carlton—. Pueden estar tranquilos. No se alterará nada de lo proyectado.

La malaya Datua Madi lo miró fríamente con sus oblicuos, exóticos ojos casi malignos, a través del humo de su cigarrillo.

—Será lo mejor para todos, señor Carlton… —deslizó—. Nos hemos interesado por su asunto, pero parece que se están cometiendo varios errores. El primero de ellos fue reunirnos. Hoy, llegó el señor Barton, según entiendo, de África —señaló al hombre que había llegado al mediodía—. Cosa que no me importa. Ni a ellos les importa de dónde venga yo. Sigo insistiendo en que usted debió tratar con nosotros uno a uno, de modo que no nos conociéramos entre nosotros. ¿Para qué?

—Bien… Quizá tenga razón, señora Madi. Pero los intereses de ustedes tres no creo que coincidan jamás, de modo que no vi inconveniente en convencerlos a la vez con una sola prueba de mis delfines de la muerte. Usted es asiática, y eso no les importa a los señores Okada y Barton. En cuanto a ellos, uno es de África del Norte, y otro del Sur. Están demasiado lejos incluso para entrar en guerra entre sus respectivos países. ¿Por qué no ahorrar tiempo y proporcionarles a los tres a la vez las armas que les interesan?

—Todavía no estamos seguros de que nos interesen —susurró Jeremy Barton.

Ashley Carlton lo miró, irónicamente. Barton era pelirrojo, de estatura mediana, achaparrado. Debía tener casi cincuenta años, era muy fuerte, y sus clarísimos ojos parecían de felino. No estaba contento, evidentemente.

—Les interesarán, señor Barton, Para ustedes tres y sus planes de expansión invadiendo los países vecinos, mis delfines…

—Ahora es usted quien habla demasiado —gruñó Okada.

—Oh… Bien, es cierto. Lo lamento. Voy a pedirles que fíen en mí. Dentro de unos minutos, tendremos a esa mujer, y sabremos a qué atenernos. Pero eso deberán dejarlo de mi cuenta. Les pido que se retiren a sus habitaciones. Si todo va bien, no les molestaré ya esta noche, y mañana podrán ver la demostración, tal como estaba proyectado. Si hubiese dificultades, les aseguro que ustedes tres serían inmediatamente alejados de Barbados, libres de toda preocupación.

—Espero que así ocurra…, en bien de todos —dijo Datua Madi, aplastando su cigarrillo en un cenicero. Se puso en pie y miró fijamente a Carlton—. Tiene mi voto de confianza, señor, Carlton. Por ahora. Buenas noches.

Hubo unos cuantos gruñidos de respuesta. Y enseguida Jeno Okada y Jeremy Barton se pusieron en pie y se fueron en pos de Datua Madi, hacia sus dormitorios en el piso alto.

—¿Qué hago yo, señor Carlton? —musitó Phileas.

—Ve con los demás al Delfacuarium No… Será mejor que vuelvas con Tommy. Apoderaos de la lancha de esa mujer y traedla aquí. ¿Estáis seguros de que nadie estuvo en contacto con ella?

—Eso sí, señor Carlton. La hemos estado vigilando todo el día, tal como usted dijo. Si ella tenía equipo escondido, ya debió dejarlo preparado anoche, quizá.

—Sí… Parece lógico… Está bien, Phileas. Ve a hacer lo que te he dicho.

—Sí, señor.

Quedaron solos en el *living* Carlton y Von Mündel. Éste no parecía muy contento, pero Carlton aún lo estaba menos. Miró hacia la escalera por donde habían subido sus invitados.

—Creo que he sido demasiado brusco con usted, Wilfred, pero no he podido evitarlo. De todos modos, espero que admita que usted habla demasiado.

—No les he dicho nada fundamental.

—Lo sé., Pero anda por ahí vanagloriándose de ser el inventor de los delfines de la muerte…

—¿Acaso no es cierto? Admito que esto es una asociación entre

ambos, Ashley, pero yo tengo derecho a disfrutar de mi crédito personal como creador del arma mortífera. Ya sé que es una pequeña vanidad quizá innecesaria, pero me gusta comentar mis trabajos, que los demás sepan que tengo capacidad creadora…

—Sí, sí, lo comprendo. Pero será mejor que no haga más comentarios sobre eso. Nosotros vendemos delfines, ¿entiende?

—Delfines muy especiales… —sonrió Von Mündel—. Bueno, los delfines no son especiales, pero sí mi adiestramiento a ellos.

—Nadie discute su mérito. Pero no es necesario que se pase el día voceándolo. Será mejor que vaya a dormir. Yo iré a la playa, a ver cómo están las cosas por allí. Si esa mujer, realmente, ha cometido la estupidez de entrar en Delfacuarium, no saldrá con vida de allí.

—Error… —dijo una dulce voz—. Error completo, señor Carlton. Por favor, no se vuelva con brusquedad Así… Magnífico… ¿Qué tal, señor Von Mündel?

Capítulo VII

Ciertamente, Ashley Carlton no se había vuelto con brusquedad, sino muy despacio, alzando las manos, demostrando así que tenía una fácil y rápida comprensión para las situaciones más inesperadas. En cuanto a Wilfred von Mündel, miraba atónito a aquella loca criatura que se metía ella sola en un gigantesco cepo que era toda la villa. Estaba en verdad estupefacto, sin acabar de creer lo que veía.

Y, sin embargo, debía creerlo. La muchacha era la misma de aquella mañana. No podían existir dos rostros iguales en todo el mundo. Y, menos aún, un par de ojos semejantes, con aquel límpido tono azul, tan grandes, tan expresivos, atentos, inteligentes. La reconoció en el acto, a pesar de que ahora aquella chica no llevaba unos *shorts* a rayas de colores y una blusita muy corta y sugestiva, sino un traje acuático de goma negra, que cubría completamente su cuerpo, excepto las manos, los pies y la cabeza; la capucha colgaba atrás. En la mano izquierda, de todos modos, estaba el bonito maletín. En la derecha, una pequeña pistola, que parecía de juguete. Casi una broma, realmente.

—Está loca —musitó al fin Von Mündel—. ¡Usted está completamente loca!

—¿Por venir aquí? —sonrió ella—. Yo creo que no, señor Von Mündel. Precisamente aquí es donde menos van a buscarme esos muchachos que andan por ahí armas en mano… ¿No es cierto, señor Carlton?

—Parece lo más probable —sonrió fríamente Carlton.

—Probable, no: seguro. Por lo que he oído, nadie va a molestarnos ahora. De modo que ha llegado el momento de charlar… amistosamente. ¿Dispuesto, señor Carlton?

—Parece que nos ha estado escuchando, de modo que poco podré decirle que aún no sepa usted, señorita Montfort… ¿Puedo

bajar las manos?

—Oh, sí, por favor… De lo contrario, esto tendría un aire truculento poco de acuerdo con mi temperamento. Incluso podemos sentarnos. Estaremos más cómodos.

Acabó de entrar en el *living*, por la abierta puertaventana que daba a la galería, y se sentó en un sillón. No parecía en absoluto nerviosa ni preocupada, lo cual tenía maravillado a Von Mündel. Carlton también se sentó, y se quedó mirándola, inexpresivo.

—Las apariencias engañan —dijo Brigitte—. Sepan que empiezo a tener frío. Barbados es una isla con un clima bien frío. Y se nota, aunque una vaya equipada adecuadamente. He estado demasiado tiempo en el agua.

—Quizá querría tomar un *whisky* —propuso irónicamente Ashley Carlton—. La reanimará.

—Es una buena idea. Pero también quisiera comer algo. Para llegar hasta aquí a nado, tuve que quedarme sin cenar, y tengo ahora verdadero apetito… Sus delfines son muy simpáticos, señor Carlton.

—E inofensivos —rió éste.

—Es cierto. ¿Cómo los pescan? ¿Por el método habitual?

—Desde luego. Colocamos las redes cuando desde una de las avionetas nos indican el punto donde han visto delfines. Luego cerramos la salida, y atrapamos unos cuantos. Hay que tener mucho cuidado con esos animales. Son muy frágiles: Por ejemplo, al subirlos a la lancha pueden morir aplastados por su propio peso, debido a la poca fortaleza de sus costillas.

—Sí, algo he oído… ¿Cuántos delfines ha vendido ya? Me refiero a delfines normales, no a los delfines de la muerte.

—Unos doscientos… ¿Qué sabe de los delfines de la muerte?

—Todavía, poca cosa. Bien: ¿podré, comer algo y tomarme ese *whisky*, o su invitación no ha sido sincera?

—Del todo sincera, señorita Montfort.

—Espléndido. En tal caso, empezaremos con el *whisky*. Lo primero que necesita mi estómago es calor. El simpático, ingenuo y sonrosado señor Von Mündel puede servirme un trago… ¿Sí, Von Mündel?

Éste miró a Carlton, que asintió con la cabeza, y dijo, rápidamente, en alemán:

—Hay una pistola en el bar, Wilfred. Úsela. Mátela.

El alemán se puso en pie y fue hacia el bar, mientras Brigitte miraba plácidamente a Carlton.

—No me gusta que se hable en un idioma ajeno al que se ha establecido oficialmente, señor Carlton. Espero que no estén tramando ninguna tontería.

—Solamente le he dado indicaciones sobre la mejor marca de *whisky*… Él no bebe, y no entiende esto.

—Ah, caramba, es usted muy amable. ¿Les molesta que fume?

Carlton parpadeo, atónito.

—Pues… no. Desde luego que no.

—Gracias.

Para definitivo asombro de los dos hombres, la hermosísima muchacha dejó caer su pistola dentro del maletín, sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno. Ya echando la primera bocanada de humo, miró a Von Mündel, que parecía petrificado.

Y dijo, en clarísimo y perfecto alemán:

—Adelante, *herr* Von Mündel: use esa pistola que hay en el bar. Máteme. Pero, por favor, dispare bien: no me gustaría morir acribillada. Una bala aquí —señaló bajo su, seno izquierdo—, y listo. Espero que su puntería sea buena.

Wilfred von Mündel había lanzado una exclamación, saltando ridículamente hacia el bar. Sacó la pistola, apuntó con ella a Brigitte, y se quedó mirándola, vacilante, como si la luz de aquellos bellísimos ojos fuese paralizante.

—Espere, Wilfred —susurró Carlton—. ¿Usted habla alemán, señorita Montfort?

—A la perfección —sonrió ella—. Y no exagero ni soy vanidosa.

—Sí… Eso es evidente. Usted entendió lo que le dije esta mañana respecto a que era una hija de perra sarnosa, entendió lo que hablé con Von Mündel, ha entendido la orden que le he dado para matarla con la pistola del bar…, y ha guardado su pistola, ha quedado en mi poder… ¿Por qué?

—Quizá estoy deseando que alguien me mate —rió Brigitte.

Ashley Carlton frunció simpáticamente el ceño y miró a Von Mündel.

—Guarde esa pistola, Wilfred. No vamos a necesitarla.

—Pero ella…

—¡Guárdela! —Carlton fue a sentarse delante de Brigitte, y se quedó mirándola, sonriente—. Muy bien, señorita Montfort, ¿cuál es su juego? Le suplico que sea coherente y razonable. Los dos somos inteligentes, ¿no es así? Usted ha podido matarnos a los dos y escapar tranquilamente en un coche. Como no ha hecho nada de esto, insisto: ¿cuál es su juego?

—Primero, Ashley, le diré que me he estado preguntando cuál era el suyo.

—No comprendo.

—Mi nombre es auténtico: Brigitte Montfort. También es cierto que soy periodista. Pero, además, soy la jefe del servicio secreto de Atlantic Kingdom… ¿Oyó el nombre de este país alguna vez?

—Atlantic Kingdom —musitó incrédulamente Carlton—. ¡Claro! ¡Estaba seguro de que su nombre me sonaba, de que lo había oído antes de ahora! Pero No es posible… Usted no puede ser la… No, no…

—Puede comprobarlo cuando quiera —sonrió Baby.

—Usted fue… reina de Atlantic Kingdom por unos minutos… Luego abdicó y nombró un regente. Fue una historia que la prensa comentó ampliamente. ¿De veras es usted?

—De veras. Pero insisto, señor Carlton: si usted no cree que yo soy la mujer que fue reina por unos minutos en Atlantic Kingdom, puede comprobarlo. Del modo que prefiera.

—¿Están hablando en serio? —intervino el estupefacto Von Mündel—. ¿Ella fue reina alguna vez?

—Cállese, Wilfred. Pero no usted, señorita Montfort: la escucho con todo interés.

—Bien… Mi postura es simple. Oí algo de unos delfines muy interesante, y vine a verlos. Según parece, esos delfines pueden resolver no pocos problemas bélicos.

—Desde luego.

—Entonces, quiero saber exactamente cuáles son sus… procedimientos, Pero antes, señor Carlton, le diré por qué no me he presentado directamente a usted como jefe del servicio secreto de Atlantic Kingdom: me pareció que había trampa en esto, y quise venir personalmente a cerciorarme. Después de oír al señor Von Mündel esta mañana, y a los dos ahora, me he convencido de que no hay truco ni trampa. Por lo tanto, me interesan esos delfines que,

según ha dicho a sus invitados, pueden ser decisivos en ciertos planes de invasión.

—Tenía entendido que Atlantic Kingdom es un país esencialmente pacífico.

—Lo es… por ahora. Pero… ¿quién sabe? Con buenas armas, un país pacífico puede… variar de línea política con respecto a sus vecinos. Depende.

—Veamos si lo entiendo bien: usted fue coronada reina de Atlantic Kingdom hace algunos meses. Inmediatamente, abdicó en una niña, que es actual reina, imponiendo un regente de gran confianza hasta que la niña pueda gobernar personalmente. Al final de todo esto, según parece, usted se hizo cargo del servicio secreto de Atlantic Kingdom… ¿Correcto?

—Y exacto. Resido en Nueva York soy efectivamente periodista, y… me dedico a viajar. Me gusta mi puesto… y mi sueldo de jefe del servicio secreto de Atlantic Kingdom.

—¿Usted oyó algo sobre mis delfines?

—Rumores. Cosas… raras. Pero me interesan. Si son una buena arma, como he entendido hace unos minutos, me interesan. Mi país de adopción es demasiado pobre para permitirse el lujo de tener la bomba atómica o similares. Sin embargo, una nueva arma potente sería bien recibida. ¿Cuál es su precio?

—¿Ya no cree que todo sea una trampa?

—No. Estoy convencida de que poseen ese poder… bélico basado en delfines. Me interesa, definitivamente. Mi incursión de esta noche en su Delfacuarium ha sido arriesgada, señor Carlton, pero valía la pena para tener la seguridad de que usted tiene lo que Atlantic Kingdom quiere comprar. Ahora, tengo esa seguridad. Dígame el precio de esa arma, y lo comunicaré a… a quien corresponde en Atlantic Kingdom.

—Entiendo perfectamente que está dispuesta a ser clienta mía.

—Por supuesto. Previa esa demostración que han mencionado ustedes antes. Pero, de momento, quiero saber el precio.

—Doscientos cincuenta mil dólares por delfín, señorita Montfort.

—Son un poco caros, ¿no le parece? —sonrió ella.

—Depende.

—¿De qué?

—De la competencia bélica de cada delfín.

—Muy cierto. ¿La demostración será mañana?

—Esa era mi idea.

—Perfecto. ¿Debo considerarme prisionera… o invitada?

Ashley Carlton sonrió ampliamente.

—Invitada, sin duda alguna. Se ha ganado muy valerosamente ese derecho. ¿Cómo pudo llegar hasta aquí? Estoy muy impresionado, se lo aseguro.

—Es un secreto profesional. De espía —sonrió—, no de periodista.

—No dudo que debe ser usted una buena espía —musitó Ashley.

—La mejor del mundo.

—¡Eso es mucho! —rió él—. Según malas lenguas, la mejor es una chica llamada Baby, de la CIA. ¿Nunca oyó su nombre?

—Ah, sí… Incluso la conozco. Pero usted está muy equivocado sobre esa Baby, señor Carlton.

—¿Equivocado? ¿En qué?

—Baby no es una persona… Quiero decir que no es una sola persona Son varias mujeres que siempre trabajan con ese nombre… Yo conozco a tres de ellas. Y sé que han muerto por lo menos cinco de esas chicas que utilizan el nombre de Baby.

—Está bromeando, sin duda —musitó Carlton.

—No. Tampoco bromeo cuando le digo que yo sólo soy yo, y que no tengo a nadie que me… sustituya en caso de muerte. Por eso me cuido mucho.

—Es fantástico —susurró Carlton—. Ahora me explico que Baby jamás haya muerto. Varias mujeres… Es una magnífica idea de la CIA, indiscutiblemente.

—Desde luego. ¿Qué puede ofrecerme para cenar?

Ashley Carlton quedó pensativo unos segundos. Por fin, miró al asombradísimo Von Mündel.

—Wilfred, vaya a la cocina a decirle a Joe que tenemos otra invitada. Luego vaya a la playa, y diga que termine la búsqueda. Todos a sus puestos normales. No ha pasado nada… ¿Qué espera?

—¿Yo? ¡Nada! Nada…

Von Mündel salió del *living*, hacia la cocina. Muy poco después lo oían salir de la casa, hacia la playa, en uno de los *cargolfs*. La sorpresa de los hombres que estaban buscando allá una intrusa sería grande, pero eso ya no importaba.

Poco después, apareció el criado negro, con una bandeja, que depositó en una mesita. Carlton la destapó y sonrió amablemente.

—Ah… No podrá quejarse de esta cena, señorita Montfort… Pudín de ciruelas y *mince tart*. Café y leche. A su gusto. ¿Prefiere jugo de alguna fruta…?

—Me conformo siempre con lo que tengo en la mesa. Es decir, casi siempre… ¿Qué es eso de *mince tart*?

—Quizá sea un poco fuerte a estas horas… Es una tarta típica inglesa, que suele comerse de modo especial por Navidad. Contiene pasas, almendras, corteza de naranja, manzanas, mandarinas… Todo ello machacado y conservado en coñac. Es típico en Barbados, pero si cree que no le va a gustar…

—La comeré. Y creo que eso hará innecesario un *whisky* a secas en mi pobre estómago. Es usted muy hospitalario, señor Carlton.

—Una buena clienta lo merece —sonrió él—. ¿Cuántos delfines está dispuesta a comprar?

—Si son efectivos, ya se lo dije: media docena.

—¿Media docena? Eso serían… un millón y medio de dólares.

—Así parece, según las ciencias matemáticas.

—Bueno… No cabe duda de que usted merece sobradamente la *minee tari* Le diré a Joe que le prepare uno de los dormitorios de arriba.

—Magnífico. La verdad es que estoy muy cansada.

Brigitte alzó de pronto la cabeza, para mirar hacia la escalera, que se veía desde el *living*. Carlton siguió la dirección de su mirada, y se asombró no de ver allí a sus demás invitados, sino del hecho de que la señorita Montfort los hubiera oído bajar.

—Son mis otros invitados —explicó innecesariamente—. Iré a tranquilizarlos.

—Muy bien. Dígales que yo tampoco les molestaré en sus planes. No tengo intereses en África ni en Asia.

Carlton asintió con la cabeza, un tanto entornados los ojos. Fue hacia donde estaban Datua Madi, Jeno Okada y Jeremy Barton, que lo miraron expectantes.

—Fue una falsa alarma —sonrió Carlton—. En realidad, ella es otra clienta. Un poco especial, desconfiada… Todo va bien.

Datua Madi lo miró fríamente.

—¿No sufren ninguna alteración los planes?

—Ninguna, señora Madi. Ni tampoco los sistemas de seguridad. Ella quiere lo mismo que ustedes. Todo está bien. Dormirá arriba, y mañana asistirá a la demostración. Eso es todo.

—Demasiada gente viéndonos unos a otros, señor Carlton —refunfuñó Jeremy Barton.

—Ustedes se olvidarán pronto unos a otros, estoy seguro… Además, les conviene. ¿O no?

Todos lo miraron. Por fin, sin más palabras, regresaron escalera arriba. Carlton miró hacia Brigitte, que comía como si nadie le importase. Por fin, sonriendo irónicamente, el hombre de los delfines fue en busca de Joe, para encargarle el arreglo de otro dormitorio… Tenían una invitada de honor. De auténtico honor.

* * *

—Espero que lo encuentre confortable —deseó Carlton.

Brigitte echó un vistazo al dormitorio y encogió los hombros.

—Cualquier sitio es confortable, si se está a gusto en él. Y usted, Ashley, me ha… impresionado de verdad. ¿Le gusta dormir solo?

—Pues… no demasiado, sinceramente.

Brigitte le echó los brazos al cuello y sonrió dulcemente.

—A mí tampoco —susurró—. ¿Se le ocurre alguna… solución?

Capítulo VIII

Poco después del amanecer, cuando ya todo estaba dispuesto y todos esperando, aparecieron Ashley Carlton y Brigitte Montfort, en uno de los *cargolfs* que dejaron al final del sendero Luego, cogidos por la cintura, se dirigieron hacia la playa, donde esperaban las dos lanchas, una de ellas vieja, grandota, deslucida. Daba la impresión de que podía hundirse en cualquier momento.

Junto a la borda de la otra lancha, casi igual de grandes, pero flamante, evidentemente en perfectas condiciones para navegar, Mike Dowall frunció el ceño al ver aparecer a la sonriente pareja, tan abrazaditos.

—¿Todo dispuesto, Mike? —preguntó Carlton.

—Sí, señor. Creíamos… que se había dormido.

—No exactamente —sonrió Carlton—. Bien, podemos partir ya. Vamos a ver el delfín para la prueba.

Saludó a los demás con un gesto que, a la vez, les indicaba que debían ir con él y con Brigitte. Fueron todos hacia popa, donde estaba el delfín, enorme, de casi ocho pies: se hallaba no demasiado cómodo en un gran recipiente de plástico verde lleno de agua marina. Todos lo contemplaron con curiosidad. Todos los invitados, desde luego. Estaban los cuatro, Jeno Okada, Jeremy Barton, Datua Madi y Brigitte Montfort. También estaban en la lancha Phileas, Dowall, Von Mündel y tres hombres más. El más impaciente de todos parecía Von Mündel.

—¿Estáis seguros de que no ha sufrido ningún daño? —se interesó Carlton.

—Seguros, señor Carlton. Mike ha dirigido la operación de subirlo a bordo.

—Muy bien. Eh, Mike: ¿han salido ya Sirto y Morton en una avioneta? No me fijé si faltaba una cuando salí de la casa.

—Salieron ya —gruñó Dowall hoscamente—. Nos avisarán si

hay alguna embarcación por esas aguas. Mientras tanto, podemos partir.

—De acuerdo. Adelante.

Dowall volvió junto a la borda y gritó a los dos hombres de la lancha vieja que el viaje comenzaba. La lancha vieja fue la primera en salir de la playa.

—¿Traigo ya el equipo? —inquirió con voz aguda Mündel.

—Es usted un impaciente —rió Carlton—. De acuerdo, vaya a buscarlo ya. Será mejor que se lo coloquemos ahora mismo.

Todos estaban demasiado interesados para hacer preguntas. Sabían, además, que no les contarían hasta que llegase el momento, de modo que parecían dispuestos a ver, oír y esperar. Von Mündel regresó pronto del interior de la lancha, con un extraño aparato o accesorio. Constaba de una caja metálica pequeña, con unos botones que sobresalían por todos lados. Luego tenía varias ranuras por las cuales pasaban unas delgadas tiras de plástico transparente, cuya resistencia debía ser asombrosa. En varias de esas tiras se veían hebillas diminutas. Ante la expectación de los cuatro invitados, Wilfred von Mündel, ayudado por Phileas y por otro negro, colocaron aquella caja metálica en el lomo del delfín, sujetándola fuertemente en su vientre por medio de las tiras de plástico y las hebillas. El delfín, vencido por su propio peso en aquel recipiente con tan poca agua, apenas se movió, soportando inmóvil, pacientemente, todo lo que quisieron hacerle.

Cuando se apartaron de él, el animal tenía bien sujeta en su lomo aquella caja metálica de la cual sobresalían botones por todas partes.

Brigitte se acercó más, y colocó una oreja sobre la caja metálica. Cuando alzó la cabeza, Carlton la estaba mirando, sonriente.

—¿Has oído algo?

—No. Parece que no hay ninguna clase de mecanismo.

—¡Desde luego que no! —exclamó Von Mündel—. Es decir, hay un mecanismo, pero no puede ser oído, porque sólo actúa cuando…

—¿Se quiere callar, Wilfred? —sonrió de nuevo Carlton—. Nuestros invitados sabrán muy pronto cómo funciona todo esto. Mientras tanto, ninguna explicación, si es que puede usted mantener la boca callada durante una hora más. Phileas, ve a preparar café para todos… ¿Está Tommy en la radio?

—Sí, señor.

—Ve a decirle que esté bien atento. Y quiero que me pase inmediatamente las noticias de Morton y Sirto. Es todo, Phileas.

* * *

Casi hora y media más tarde, cuando todos estaban fumando, en silencio, conteniendo su impaciencia, Phileas se acercó a Carlton y le musitó unas palabras al oído. El inglés sonrió y dejó solos a sus invitados en la proa. Regresó tres o cuatro minutos más tarde, con una fría sonrisa en los labios.

—Me comunicaron por radio desde la avioneta que el mar está limpio. Ni una sola embarcación en más de treinta millas a la redonda. Ha llegado el momento… Mike, avisa a los de la lancha vieja.

Dowall hizo señas a los dos hombres que iban en la vieja lancha que los precedía, y los dos hombres, después de trabar el timón, saltaron al agua. Poco después, eran recogidos a bordo de la lancha nueva, mientras la vieja, a timón fijo, se alejaba hacia el Este, cada vez más hacia el interior del Atlántico.

—Parad los motores y preparad el delfín —ordenó Carlton.

La lancha flamante se detuvo. Cuatro hombres, incluido Mike Dowall, comenzaron a desplazar el recipiente que contenía el delfín hacia la borda…

—Según dicen —explicó Carlton—, el delfín puede alcanzar una velocidad de unas treinta millas por hora, quizá algo más. Eso le convierte en un… vehículo anfibio de los más veloces. Es poco probable que ninguna embarcación pueda escapársele, si él quiere seguirla. Y, en este caso, querrá.

—¿Va a seguir a la otra lancha? —musitó Brigitte.

—La va a alcanzar. Y con toda facilidad, desde luego. ¿A qué distancia calculas que está ya?

—No sé… Quizá una milla.

Carlton se volvió hacia Von Mündel, que parecía emocionado.

—¿Es suficiente distancia, Wilfred?

—Sí, sí… Esta vez, sí. Todo depende de la carga. Podéis soltar ya el delfín. Pero, Ashley, asegúrese de que todas las máquinas de a bordo están paradas.

—Supongo que así es… Bien, Mike: soltadlo.

Los cuatro hombres alzaron al delfín, hacia la borda. El animal ni siquiera se movía, como si quisiera colaborar, a pesar de lo cual los cuatro hombres mostraron el gran esfuerzo físico que estaban realizando. Finalmente, ante la expectación, el gran interés de los cuatro invitados, el delfín pudo ser empujado al mar. Desapareció bajo las aguas alzando un gran surtidor de espuma. Eso fue todo.

—Teniendo en cuenta la velocidad de la otra lancha, y la del delfín —murmuró Carlton—, calculo que éste tardará apenas tres minutos en alcanzar la lancha. Estemos atentos.

—Ashley —susurró Brigitte—, ¿no puedes decirnos por fin de qué se trata?

—¡Ya es hora de decirlo! —exclamó Von Mündel.

—Bien… ¿Por qué no? Aclaremos ya el asunto. ¿Han visto esa caja metálica que llevaba el delfín, sujeta por correas de plástico…? Contiene un mecanismo de explosión. Los botones que sobresalen son otras tantas espoletas, que actúan al ser bruscamente presionadas. En el acto, se produce una explosión, que puede tener una potencia establecida… Depende de los deseos de quien maneja los delfines. Puede colocar, por ejemplo, una carga de explosivo convencional, más o menos abundante. O puede colocar una carga atómica muy pequeña. Con todo, esa pequeñísima carga atómica que transportaría el delfín, sería siempre mucho más poderosa que cualquier explosivo convencional…

—¿Qué clase de carga lleva ese delfín? —inquirió Barton.

—Convencional. Para demostración es suficiente, señor Barton. Pero, como les digo, existen diversos tipos de cargas. El señor Von Mündel ha… fabricado un sistema amplificador de explosión atómica, aparte de mecanismos más fáciles para explosión convencional. En definitiva, la carga puede ser la que desee la persona que envíe ese delfín a la lucha.

—¿Qué lucha? —musitó Brigitte.

—Pueden ser varias, querida. Ataque o defensa. Depende de los gustos o conveniencias del dueño del delfín. Vamos a suponer que un país pequeño teme ser atacado por mar por un país vecino, más poderoso. Sólo tiene que enviar una docena de delfines con cargas atómicas, y no quedaría sobre el mar ni rastro de esa flota enemiga. O al revés, es ese país el que quiere atacar… Sólo tiene que

provocar la salida de la flota enemiga a mar abierta. Cuando ya tiene allí a la flota enemiga, para los motores de la suya y suelta dos delfines. Unos minutos más tarde, todo ha terminado.

—¿Estás diciendo que esos delfines entrenados especialmente se dirigen hacia las embarcaciones que tengan en marcha los motores?

—Para eso han sido entrenados —sonrió Carlton—. Los delfines son animales muy inteligentes. No tanto como el hombre, claro —rió—, pero son listos, a su manera. Y muy obedientes. Se les puede usar para cualquier cosa: ataque, defensa, sabotajes… ¿Te imaginas el poder naval de una flota que disponga de doscientos delfines y doscientas pequeñas cargas atómicas? Eso sin contar con que las cargas atómicas pueden ser muchas más, y que hay en el mar más de doscientos delfines. Otra ventaja de los delfines: jamás fallan. Un torpedo, o una andanada de artillería, puede fallar el blanco, ya sea por mal cálculo en el disparo, o porque el objetivo se mueva. En cambio, con los delfines no se falla jamás. Ni siquiera tienes que apuntar. Basta con que pares los motores de tu lancha, navío o flota completa, y que lo tires al agua… Inmediatamente, el delfín o los delfines, parten hacia dónde están los otros navíos en movimiento, ya sea atacando o huyendo. Nunca pueden escapar. Jamás, de ninguna manera. Primero, porque los delfines son más rápidos que casi todos los navíos pesados del mundo. Segundo, porque por mucho que se muevan esos navíos, nunca podrán esquivar a un delfín, cosa que quizá conseguirían con un torpedo. Por muchas maniobras que haga un navío, el delfín llegará finalmente a él. Aunque esté parado pero con los motores en marcha, listo para abandonar el puerto… Es otra faceta, evidentemente. ¿Queremos destruir un puerto o una base naval enemiga? Muy bien: se envían tres o cuatro delfines allá, y en cuanto haya un solo motor que funcione en esa base naval, los delfines saltarán contra ese navío, lo destruirán…, y si la carga o carga que llevaban eran atómicas, del puerto no queda nada. Nada. ¿Se acerca una flota enemiga? Muy bien: se ordena paro absoluto de todos los motores en nuestra base, y se sueltan los delfines. Minutos después, lo flota enemiga ya no existe. ¿Todos han comprendido?

Hubo unos segundos de silencio. Por fin, Datua Madi preguntó, con voz tensa:

—¿Qué distancia alcanzan los delfines? Quiero decir: ¿hasta qué

distancia pueden oír los motores de un barco?

Ashley Carlton se echó a reír.

—¡Enorme! Sus sentidos auditivos, por llamarlos de alguna manera, son superiores a los nuestros. Y no sólo eso, sino que no se les puede engañar, debido al sonar que existe en su organismo. Si el delfín busca una cosa, la encuentra. Si busca el sitio de donde procede ese ruido de motores que él odia, lo encuentra. ¿Distancia? No sé… Quizá treinta, cuarenta millas… Mucha. Desde luego —volvió a reír—, mucha más distancia que cualquier andanada de artillería o cualquier torpedo, señora Madi.

—Bien… Pero doscientos cincuenta mil dólares por cada uno…

—Ustedes no pagan el delfín, evidentemente, sino el invento de Von Mündel, el mecanismo de explosión. Todo completo, doscientos cincuenta mil dólares. ¿Caro, señora Madi? ¿Está segura? Yo creo que no ha pensado usted bien en las ventajas de los delfines… ¿Cuánto le costaría a su país un destructor, o un acorazado?

Wilfred von Mündel se echó a reír, como una gallina.

—¡No me diga que le costaría menos de doscientos cincuenta mil dólares, señora Madi! Con lo que les costaría un destructor podría usted comprar cien delfines… Sólo que los delfines, con mucha menos molestia, sin peligro, sin riesgo alguno para sus marinos, harían mucho más trabajo que cualquier navío de guerra.

—Sólo falta saber si todo funciona —gruñó Barton.

Y justo en aquel instante, a lo lejos, hacia donde estaba la vieja lancha, se alzó una gran columna de espuma, blanca, con tonalidades negras y rojas. Segundos después, la explosión llegaba hasta ellos, apagada, a su velocidad de sonido de mil pies por segundo. Ashley Carlton, con gesto triunfal, sostuvo el brazo señalando hacia allí hasta que la espuma y el agua volvieron a caer. Mientras tanto, Wilfred von Mündel reía, como un niño travieso y un poco loco. Una risa cascada, aguda, chirriante.

Por fin, Carlton se volvió, y miró uno a uno a sus cuatro clientes, sonriendo.

—Sólo tardaremos cinco minutos en llegar allá, si así lo desean, para ver qué ha quedado de la lancha.

—No creo que sea necesario —murmuró Okada.

—¿Por qué no? —replicó en el acto Datua Madi—. Tenemos todo el tiempo necesario, y nada mejor que hacer. Yo quiero ir.

—Entonces, iremos —dijo Carlton, haciendo una seña el hombre que gobernaba la lancha.

Llegaron, efectivamente, poco después de transcurridos los cinco minutos. Y lo que quedaba de la lancha era bien poco. Lo suficiente para identificarla, pero nada más: pedazos de madera pintada, manchas de aceite y petróleo… Eso era todo.

Por encima de ellos pasó entonces la avioneta, muy baja, y Carlton hizo un movimiento giratorio con el brazo, que terminó señalando en dirección a Barbados. La avioneta dio la vuelta enseguida, y pronto se perdió de vista hacia la isla.

—Si les parece, podemos regresar ya —sugirió Carlton—. Durante el resto del día, pueden dedicarse a pensar en cuál será el pedido de este… formidable material bélico. Una vez puestos de acuerdo, no me parece conveniente que ustedes permanezcan más días en mi villa.

—Yo me iré mañana —dijo Datua Madi.

Jeremy Barton y Jeno Okada asintieron con la cabeza pero cuando Carlton miró a Brigitte, ésta se limitó a sonreír, y el inglés también sonrió. Al parecer, se entendían bien, porque eso fue todo.

—Volvamos —dijo Ashley Carlton.

* * *

—Ashley… ¡Ashley!

Carlton abrió los ojos y miró a Brigitte, que se apoyaba en un codo junto a él.

—¿Qué ocurre? ¿No tienes sueño? La siesta es muy conveniente, querida.

—Ya he dormido lo suficiente. Son más de las cuatro.

—Es pronto…

—Quisiera ver lo que hay debajo de la plataforma.

—Ya te lo expliqué antes: el laboratorio de Wilfred. Hundimos un yate, lo cerramos herméticamente…

—Eso ya lo sé. Pero quisiera verlo por dentro. Ya sé que no piensas autorizar a los demás, pero… Bueno —sonrió dulcemente—, yo no soy como los demás para ti… ¿O sí?

—No —sonrió él—. No eres como los demás…

Le pasó un brazo por el cuello, y la atrajo hacia él. La besó en la

boca, profundamente, notando contra él toda la dulce tibieza de aquel cuerpo maravilloso.

—¿Cuándo piensas marcharte? —preguntó luego.

—¿Tienes prisa por deshacerte de mí? —arrugó ella la naricita.

—No… ¡Por el contrario!

—Atlantic Kingdom no precisa con urgencia ninguna clase de armamento o poderío bélico. Podrán esperar… el tiempo que sea necesario. Y me estoy preguntando por qué debo yo residir en Nueva York.

—¿Te gustaría más residir en Barbados?

—Por ejemplo —rió quedamente ella.

—Sería el hombre más feliz del mundo si hicieras eso, Brigitte. No querría separarme de ti jamás.

—Hablaremos de eso… en un momento más adecuado. ¿Me vas a llevar al yate o no?

—Desde luego —susurró él—. Yo haré siempre lo que tú quieras, mi amor…

Y todavía tardaron bastante en salir de la casa para ir al yate sumergido.

Capítulo IX

Efectivamente, había una trampilla en la plataforma. Ashley Carlton la alzó, y fue el primero en entrar por ella. Brigitte lo hizo detrás, y se encontró eh un estrecho espacio; cuando la trampilla se cerró encima de ellos, tuvo la exacta impresión de encontrarse en una gran caja. Allí dentro había diversos objetos de los que utilizaban para entrenar a los delfines, equipos de hombre-rana completos… Cosas que no podían sorprender a nadie. La segunda trampilla estaba mucho mejor disimulada. Carlton la alzó también, señalando los barrotes de hierro que descendían, tal como Brigitte había supuesto. El diámetro de la tubería metálica de descenso debía ser de un par de pies, de modo que sólo permitía el descenso o ascenso de una persona a la vez. Brigitte fue la primera en bajar.

Finalmente, tras contar ochenta de aquellos peldaños, apareció en el *living* del yate. Estaba muy bien acondicionado, como si fuese una confortable embarcación corriente, destinada a recreo por la superficie; lo único que parecía raro era que cualquier ventanal redondo o abertura estuviese sólidamente sellado. Al final de la tubería había un renovador de aire.

—Como habrás comprendido ya —explicó Carlton—, los delfines que hay en el Delfacuarium son los nuevos, los que están entrenados de modo simple. Luego, de ellos se seleccionan los mejores, que son trasladados a la piscina grande, donde tú misma viste antes los entrenamientos que enseñaban a los animales a golpear con la cabeza una plancha metálica tras la cual está el motor. Una vez están perfectamente entrenados, interviene el invento de Wilfred. Ven… Vamos a verlo trabajando.

La llevó hacia donde se suponía que debían estar los camarotes del yate. Abrió una de las puertas y la dejó pasar. No eran camarotes: se habían derribado todos los tabiques, convirtiendo el espacio total de ellos en una gran sala, relativamente, donde estaba

Wilfred von Mündel, solo, como un ridículo y simpático gnomo maléfico. Se volvió al oír la puerta, y sonrió ampliamente.

—Ah, señorita Montfort… ¡Por fin conoce mi reino! Estuve tentado de invitarla, porque me he dado cuenta de que hay algo especial entre usted y Ashley, pero temí que él no me lo permitiera.

—Ya ve que sí —sonrió ella—. Ashley y yo nos lo permitimos todo el uno al otro.

—¡Sí, lo sé! —rió Von Mündel—. Bueno, aquí tiene mi taller de trabajo. ¡Me encantaría explicárselo todo! No crea que ha sido fácil prepararlo aquí abajo. Pero, como le dije a Ashley, las molestias bien valen la seguridad. Nadie llegaría nunca a este yate. Está en aguas privadas, hundido, bien camuflado… Naturalmente, hemos comprobado cuidadosamente que no se ve desde el aire, ni desde ningún punto de la costa o del mar. Además, hay casi treinta metros de profundidad… Casi cien pies, para que lo entienda mejor. Las aguas son claras, pero comprenda que un objeto pintado de verde no es visible a esta profundidad.

—Lo comprendo muy bien. ¿Aquí fabrica sus artefactos, señor Von Mündel?

—¡Claro! Vea… Tengo de todo: tornos, sierras especiales, soldadores eléctricos, explosivos, y… uranio refinado, listo para ser utilizado en la confección de pequeñísimas pero terribles bombas atómicas. Evidentemente, conozco el secreto de su fabricación. Hasta hace poco, estuve trabajando en esto… en… cierto lugar de Alemania del Este. No me gusta aquello, y decidí cambiar de aires… ¡Je, je! Ya sé que aquí abajo no se está precisamente soleado, pero salgo cuando quiero. Lo malo es que tengo la piel muy fina, y el sol es como un castigo para mí.

—¿De veras? ¡Pues le compadezco, señor Von Mündel! Yo me moriría si no pudiera tomar el sol casi todos los días del año.

—¿Sí? Vaya… Bueno, yo entiendo que Nueva York no tiene sol todos los días del año.

—Lo sé. Entonces, hago mi equipaje y me voy. Pero he encontrado una solución mejor… ¿No es cierto, Ashley?

—Brigitte se quedará con nosotros, Wilfred —sonrió Carlton, abrazando a la espía por la cintura—. Es decir, conmigo.

—Oh, lo entiendo. Ustedes son… muy hermosos los dos, hacen una pareja magnífica. ¿No quiere que se lo explique todo, señorita

Montfort?

—Está usted deseando hacerlo —rió ella—. De modo que… ¡adelante! Soy toda oídos.

Wilfred von Mündel miró a Carlton, vio la aprobación en la expresión de éste, y se frotó las manos alegremente.

—Empezaremos por mi sistema simplificador del detonador para las pequeñas bombas atómicas. Es simple, pero… hay que pensarlo. Y yo lo he pensado. Estuve tentado de ofrecer mi sistema a Rusia, o a Estados Unidos, pero comprendí que luego estaría coaccionado por los servicios de seguridad del país que eligiera. Y eso no me gusta. Soy un trabajador solitario, no me gusta que nadie meta las narices en mis asuntos, hasta que están terminados. Entonces, yo lo explico todo. Tampoco me gustaría estar vigilado, ni expuesto a que un agente ruso me matase si trabajaba para Estados Unidos, o un americano me eliminase si trabajaba para Rusia. Pero veamos esto: mi detonador…

Durante media hora, Wilfred von Mündel estuvo dando toda clase de explicaciones a la agente Baby, con el beneplácito de Ashley Carlton, que sonreía, igual que la espía, ante el entusiasmo del menudo y sonrosado alemán. Brigitte lo fue viendo y sabiendo todo, desde el más complicado mecanismo de los «paquetes» que transportaban los delfines de la muerte, hasta las pequeñas instalaciones que hacían la vida confortable allí dentro para Von Mündel. De cuando en cuando, éste soltaba un párrafo en alemán, y cuando se daba cuenta miraba como pidiendo disculpas a Brigitte; pero pronto se dio cuenta de que a ella lo mismo le daba las explicaciones en alemán que en inglés. Lo que no sabía Von Mündel era que también le habría dado lo mismo escucharlas en ruso, portugués, francés, español o italiano.

—Bien —Carlton miró su reloj—, creo que ya es hora de que salgamos de aquí. ¿Viene, Wilfred?

—¡Oh, no! No deben contar conmigo ni siquiera para cenar, me parece. Tengo que preparar los artefactos para nuestros clientes… Quiero decir, repasarlos. Mañana estarán listos, sin un solo defecto. Nunca los tienen, pero hay que asegurarse… ¿Cuántos hemos vendido en total, Ashley?

—Veinte.

—¡Veinte! Caramba, eso son… cinco millones de dólares, ¿no es

así? ¡En muy poco tiempo vamos a tener tanto dinero que casi podremos comprar esta isla! ¡Sería magnífico!

—¿Para qué quiere usted toda una isla tan grande como ésta, señor Von Mündel? —rió Brigitte.

—Bueno… Si la isla fuese nuestra, podríamos hacer unas instalaciones mayores, eso está claro. Y yo produciría artefactos de éstos en gran escala, y mayores… Podría producir miles y miles de bombas, explosivos y artefactos de todas clases.

—Todos ellos bélicos, de muerte, naturalmente.

—Oh, sí. ¡Naturalmente! El poder de las armas, de unos inventos como los míos, es algo que… compensa de todo. ¡No hay nada tan embriagador como esa sensación de saber que puedo construir artefactos que podrían terminar con todo el mundo! ¡Je, je!

Brigitte sonrió y dio una palmadita en un hombro al alemán.

—Siga embriagándose, Von Mündel.

Subieron por la tubería, todavía oyendo la risa chirriante del diminuto miope. Poco después, con la lancha, llegaban a la playa, y desde allí se fueron a la casa, paseando, contemplando las hermosas orquídeas, los hibiscos, los pavos reales… Y, sobre todo, percibiendo el intenso aroma de las flores del franchipán.

—¿Quieres que nos detengamos aquí? —susurró Brigitte, maliciosamente, señalando un hueco entre las flores.

—¡Por favor! —rió Carlton—. ¡Pido una tregua, hasta la noche! Por cierto, querida: ¿has venido sola a Barbados?

—Claro… Siempre voy sola. ¿Por qué?

—Se me ha ocurrido que si tienes amigos por aquí, convendría que les avisaras de tu… situación actual, a fin de que no se compliquen la vida, ni vengan a complicármela a mí.

—Entiendo. Pero no te preocupes. Nadie sabe que estoy aquí. Ni siquiera dije que venía a Barbados. Estaba en Trinidad cuando oí los rumores de los delfines, y vine en un helicóptero privado. No tengas cuidado a ese respecto.

—Sólo quería que no hubiera complicaciones. Ah: Phileas habrá dejado ya tu lancha en el puerto de Bridgetown, y espero que haya venido con tu equipaje desde el Trafalgar Hotel. Naturalmente, no vas a volver allá para nada. Eres… mi invitada… de honor.

Se besaron apasionadamente bajo un gran arbusto de hibiscos. Un pavo real, en lo alto de una palmera real, lanzó su feo grito

petulante, que pareció atravesar el rumor del mar que llegaba hasta allí.

—Me gustaría —suspiró ella— quedarme aquí para siempre…

—¿Por mí?

—¿Tú qué crees?

Volvieron a besarse. Muy apagadas, desde la villa, llegaban las voces de los entrenadores de los delfines de la muerte…

—Vayamos a la casa. Atenderemos a nuestros invitados. A fin de cuentas, se van mañana, y nosotros nos quedaremos solos.

Pero cuando llegaron a la villa, besándose y abrazándose, los demás invitados no demostraron el menor interés por ellos. Estaban los tres junto a la piscina grande, presenciando una vez más los entrenamientos.

Se sentaron en una de las galerías, y el negro Joe acudió inmediatamente.

—Yo tomaría champaña —dijo Brigitte.

—Tomaremos champaña los dos… ¿Alguna marca especial?

—No… Me basta con que esté frío.

—Ya lo has oído, Joe —éste se alejó hacia el interior de la casa, y Carlton sonrió afablemente—. ¿Te das cuenta, querida? Uno no puede fiarse nunca de los… rumores.

—¿Te refieres a los que yo oí sobre los delfines?

—No.

—Bueno… La verdad es que no te comprendo.

—Pues es sencillo: yo tenía entendido que a ti te gustaba el «Pérignon Cincuenta y Cinco» con guindas.

—¿Cómo? —musitó Brigitte.

—Oh, vamos, vamos, querida… Yo también tengo mi servicio de información… No es tan bueno como el tuyo, quizá, pero algunas veces me facilita buenos resultados. En definitiva, sumando todos los datos obtenidos y tus propias palabras, que fueron las que me alertaron, he llegado a una conclusión: tú eres Baby, de la CIA. Hace poco oí precisamente rumores sobre tu preferencia por el «Perignon Cincuenta y Cinco»… con guindas, claro. Esto es algo que no todo el mundo sabe, desde luego.

—Tienes un buen servicio de información, querido.

—Me ha ayudado la suerte. En realidad, he disparado casi al azar. Pero me he estado preguntando: ¿qué mujer, en todo el

mundo, podría hacer lo que está haciendo mí adorada Brigitte? La respuesta, mi amor, sólo podía ser una: la agente Baby. Por encima de todo, y apartando todos mis restantes pensamientos, opiniones o corazonadas, el nombre de la fabulosa Baby sonaba una y otra vez en mi cerebro… ¿He dado en el blanco?

—Es posible. ¿Quieres un cigarrillo?

—Oh, sí… Y puedes, desde luego, sacarlo de tu maletín. La pistolita de cachas de madreperla ya no está ahí. Debiste revisar tu famoso maletín después de dormir la siesta.

Brigitte acabó de abrir el maletín, y, en efecto la pistolita no estaba allí. Tranquilamente, la espía sacó los cigarrillos, ofreciendo uno a Carlton, que lo aceptó sonriendo.

—Eres formidable, querida —susurró—. ¿No hay nada que te altere? ¿Eres capaz… de todo?

—Ya has visto que sí soy capaz de todo —sonrió ella—, y que no hay nada que me altere. Es decir, sí hay una cosa que me… enfurece, me saca de quicio: las personas como Wilfred von Mündel. La mayoría de ellas están locas casi completamente. De un modo u otro, esas personas, si yo les echo la vista encima, están condenadas a muerte.

—¿Y yo? ¿También estoy condenado a muerte?

—Todavía no lo sé. Pero temo que sí, Ashley. Sin embargo, podemos hacer un trato: destruye todo esto, olvida la cuestión de los delfines de la muerte y de esas maquiavélicas bombas de Von Mündel, y llegaremos a un acuerdo.

—¿Vas a comprarme la… patente, para ofrecerla a Estados Unidos?

—Jamás poseerá mi patria ninguna arma por mi mediación, Ashley. Si peleamos por un arma, favoreceré a Estados Unidos. Pero lo que realmente hago siempre es destruir esa clase de… inventos.

—¿Estás hablando en serio?

—Completamente. ¿Estás dispuesto a hacer un trato?

—No —sonrió fríamente Carlton—. Mira, Brigitte, el juego ha terminado. Tú quisiste engañarme anoche, y yo te lo permití, eso es todo. Te lo permití, porque me convenía. He sido muy feliz contigo… Pero, además, y esto es lo que yo buscaba, he tranquilizado a mis auténticos clientes. Si les hubiese dicho, mostrándoles tu cadáver, que eras una agente de la CIA, se habrían

asustado. Se habrían marchado inmediatamente, no habrían querido saber nada más, ya que si se quedaban, corrían el riesgo de que la CIA llegase en masa, los capturase, y los propósitos belicistas, de invasión, de sus respectivos países, fuesen abortados, o denunciados al mundo. Por otro lado, y puesto que estabas sola, decidí que era mejor hacer todo lo contrario: admitir tus mentiras y presentarte como una clienta más. Ellos tranquilos, tú engañada, y yo satisfecho. Ya ves: quisiste engañarme a mí, y he sido yo quien te ha engañado a ti. El juego estaba entre dos inteligencias, y ha ganado la mejor.

—Enhorabuena, Ashley. ¿Y ahora?

—Ahora, te irás. De viaje, claro… Ellos, que están junto a la piscina de entrenamiento final, te verán marchar tranquilamente… Les diré que has decidido regresar hoy a tu país, y no tendrán por qué dudarlo. Bien… Como no soy hipócrita, no puedo desearte feliz viaje. ¡Phileas!

El negro de la cicatriz en la cara apareció, sonriendo torcidamente, como siempre. Llevaba en una mano la maleta de Brigitte.

—Todo dispuesto, señor Carlton.

—Bien. Lleva el equipaje en la avioneta. ¿Morton? ¿Sirto?

Los dos pilotos de la avioneta aparecieron del interior de la casa. Habían estado muy cerca en todo momento. Y Brigitte vio el rígido bulto que hacían sus manos en los bolsillos de los blanquísimos «monos» de vuelo.

—La señorita Montfort se va. ¿Está preparada la avioneta?

—Claro.

—Pues vamos allá… Oh, un momento. Ahí viene Joe con el champaña. ¿No quieres una copa de despedida, Brigitte?

—Puesto que no es «Perignon» con guindas, no —sonrió ella.

—Eres admirable —rió Carlton—. Bien, el juego ha terminado. Vamos a la avioneta. ¿Lo harás con tranquilidad, querida?

—Lo intentaré. Pero no me deis ninguna oportunidad, Ashley.

—No la tienes. En marcha. Y llévate tu maletín… No olvides que te vas, querida.

Brigitte volvió a sonreír cogió su maletín y descendió los tres escalones de la galería llena de hibiscos. Delante de ella iba Phileas, con su maleta. Junto a ella, Ashley Carlton, caminando con

naturalidad, sonriendo amablemente y saludando con una mano a sus clientes que estaban junto a la piscina grande. Detrás, Morton y Sirto, vigilantes y dispuestos a disparar si era preciso, según órdenes de Carlton.

La avioneta estaba en un extremo de la gran extensión de césped, y todos caminaron hacia allí. Cuando llegaron, Sirto, el mulato, se encaramó a la carlinga y sacó la pistola. Ya no podían verlo desde la piscina.

—Adiós, querida —sonrió Carlton.

—Ahora ya lo sé, Ashley —musitó ella, fríamente—. Sí: tú también estás condenado a muerte.

—Si te refieres a la CIA, tengo ya tomadas mis medidas.

—No me refiero a la CIA, sino a mí misma. Te mataré, Ashley…, a menos que aún quieras aceptar un trato.

Carlton frunció el ceño y miró de reojo a Morton.

—Esto cambia las cosas. No la matéis… La tiráis viva al mar bien atada. Su insolencia merece esa… recompensa. Oh… Y aseguraos de que la zona que escogéis está llena de tiburones. Adiós, Baby.

Brigitte no dijo ya nada más. Subió a la avioneta y quedó bajo la vigilancia de Sirto, mientras Morton ocupaba los mandos. Poco después el aparato rodaba sobre la verde hierba, despegaba… Quedó suspendido, al fin ascendiendo rápidamente.

—Iremos a Hoya Tiburón, hacia el Sur —sonrió Morton—. El viaje durará más de media hora, así que póngase cómoda.

—¿Puedo fumar?

—¿Por qué no? Y tú, Sirto, no la pierdas de vista.

—Descuida —sonrió el mulato—. Aunque estoy pensando que antes de tirarla al mar podríamos descender en una isla, y allí, tú y yo podríamos… pasar un rato muy agradable con ella.

—La idea es buena, pero olvídala. No quiero líos con el jefe.

—Está bien.

Brigitte había abierto el maletín, y tenía entre sus deditos la fina boquilla de marfil con brillantitos incrustados. Sacó también un cigarrillo y miró de pronto a Sirto, fijamente.

—¿Es ésta la avioneta que lleva ametralladoras? —preguntó.

—Las dos llevan ametralladoras. Bien camufladas, claro.

—Claro… Y supongo que vosotros sois quienes siguieron a

Sterling Craig hasta la Martinica.

—Es lista la hermosa ésta, ¿eh, Morton? —rió Sirto.

—Muy lista ha de ser, sí. Pero no tanto como el señor Carlton. Él fue quien descubrió a Craig, y nos dijo que fuésemos tras él. Sí. Nosotros lo derribamos, nena. ¿Y qué?

—Nada… Nada.

Se colocó la boquilla entre los dientes, y miró sonriente a Sirto, que parecía atontado de admiración. Y aún quedó más atontado al ver aquella sonrisa. Comenzó a sonreír, quizá pensando que la hermosa, divina criatura, con tal de ganar tiempo de vida, iba a proponerle algo que le resultaría agradable…

Y no.

No. Lo que hizo la divina criatura fue soplar deliciosamente en la boquilla, con un gesto gracioso, risueño… Sirto lanzó una exclamación, y su mano izquierda palmeó con fuerza en su garganta, como quien quiere matar un inoportuno mosquito. Al mismo tiempo, vio el súbito cambio en los hermosos ojos, que parecieron congelarse. Quiso entonces alzar la mano armada, y… y cayó de bruces hacia delante, muerto por el veneno fulminante que impregnaba el finísimo dardo disparado por Baby.

—Sirto —se alarmó Morton—. ¡Sirto!, ¿qué pasa…?

Brigitte había saltado ya hacia él, con el cepillo para el cabello en su manita derecha, y todavía la boquilla entre sus blanquísimos dientes. Pasó la mano por delante de Morton, y ante los ojos de éste la finísima hoja de acero apareció, con suave chasquido, apoyándose inmediatamente en su garganta.

—Sirto está muerto —dijo fríamente Baby—. Lo he matado con un dardo disparado por esta boquilla… ¿La notas en tu nuca, Morton?

—Espere —jadeó Morton—. Nos vamos a estrellar si…

—No te preocupes por eso, muchacho. Soy mejor piloto que tú.

—Espere… ¡Espere, podemos…!

—¿Resucitar a Sterling Craig?

—Si… si me mata ahora…

—Si te mato ahora, no pasará nada. Date cuenta.

Sólo tuvo que apretar, y la fina, agudísima hoja de acero, se hundió en la garganta de Morton, en el sitio exacto, en la dirección exacta para producir la muerte instantánea. El avión dio un

bandazo, pero ya Brigitte había asido a Morton por el cuello del «mono», y lo arrancó de allí con un fuerte tirón de su bracito.

Se sentó rápidamente ame los mandos, y ni siquiera dos segundos más tarde la avioneta se estabilizaba, reanudando su vuelo fácil, alegre, hacia el Sur.

Pero muy pronto comenzó a describir un arco de vuelta en el aire, bajo el cielo que comenzaba a mostrar los primeros tonos rojos del ocaso.

Ciertamente, Ashley Carlton había sido muy listo al saber hacer funcionar la trampa en sentido favorable a él. Una doble trampa en la que, inicialmente, había llevado la mejor parte… Pero, puesto que la trampa había sido doble, quedaba por comprobar su segunda parte.

Capítulo X

—Bien, ésta es su última cena aquí, por el momento —sonrió Ashley Carlton—. Espero que su estancia entre nosotros haya sido agradable, dama y caballeros.

—Lo ha sido, señor Carlton —admitió Datua Madi—. Pero sigo pensando que ha sido un error reunirnos. Ninguno de nosotros tenía necesidad de conocer a los demás.

—Eso ya no tiene remedio —murmuró Jeno Okada—. Lo mejor que podernos hacer es olvidarlo, simplemente.

—Eso no es tan fácil, señor Okada —musitó Jeremy Barton—. Entiendo que sus intereses políticos están hacia el noroeste de África, y nuestro continente es lo bastante grande para que jamás volvamos a vernos. Pero la señora Madi tiene razón.

—Créanme, lo mejor es olvidarlo —insistió Carlton—. ¿Les apetece una copa de champaña?

—Yo, no —dijo Datua Madi—. Mi religión no me lo permite.

—Pues la mía, sí —rió Barton.

—También la mía —sonrió el atlético Okada, mostrando su grandísima y blanquísima dentadura—. Y si todo nos sale bien a los de mi grupo, creo que será bueno acostumbrarse a beber champaña.

—¿Joe? —llamó Carlton, sonriendo.

—Enseguida, señor Carlton.

El sirviente negro fue en busca del champaña, mientras los demás quedaban sonrientes, pensando cada uno en sus cosas. Era una noche muy agradable, perfumada con flores y con mar. Se estaba magníficamente en la galería.

—Realmente —dijo de pronto Carlton—, no siento el menor interés por los proyectos de ustedes, pero estaré atento a su desenlace. Serán noticias que los periódicos no podrán silenciar, es obvio. Tal país invade a tal otro país, en África. Revuelta en Asia. Rebelión en África del Noroeste… Creo que pasaré unos días

divertidos leyendo esa clase de noticias.

—Habrá algunas muertes —sonrió Okada.

—Amigo mío, eso es siempre inevitable. Siempre, alguien muere. Por una causa u otra, siempre muere alguien en el mundo. Lo que tenemos que procurar es que ninguno de nosotros sea de los… elegidos.

Hubo alguna risita.

—De todos modos —insistió Okada—, no creo que sea divertido enterarse de cosas así, señor Carlton.

—Son puntos de vista. Lo que vaya a suceder, será muy lejos de Barbados. ¿Por qué no he de considerarme divertido? Y, sobre todo, se divertirá Von Mündel. ¡Está fascinado con su invento, con su inteligencia! Lo pasará muy bien cuando sepa que todo ha salido perfectamente.

—No lo dudo. Y respecto al señor Von Mündel, creo que él… habla demasiado, señor Carlton.

—¿Qué quiere decir, Barton?

—Que no nos gustaría una indiscreción.

—¿Está suponiendo que Von Mündel o yo diremos algo sobre los delfines? ¡Oh, vamos…!

—Era sólo una idea.

—Olvídela. A mí no me interesa. Ni a él, es evidente.

—De acuerdo. Es natural, además. ¿Y… dónde está ese hombrecillo?

—Revisando sus artefactos —rió Carlton—. En un lugar seguro y tranquilo. Quiere estar seguro de que no habrá ni un solo fallo… Oh, aquí tenemos el champaña. También la señorita Montfort se despidió de mí bebiendo champaña.

Jeremy Barton lo miró maliciosamente.

—Para ser sincero, señor Carlton, creí que aquella mujer se iba a quedar aquí, con usted.

—Sí —sonrió Carlton—. Dio esa impresión, ¿no es cierto?

—Parece que se divirtieron ustedes… —sonrió Okada.

—Se hizo lo que se pudo… Gracias, Joe. Bien, dama y caballeros, vamos a brindar por el éxito de sus propósitos. Y ya saben —rió alegremente— que tengo muchos delfines más a su disposición. Precios especiales para ustedes, por ser mis primeros clientes.

Todos rieron, con las copas en alto, bajo la sonriente mirada de Datua Madi.

—¡Brindemos, pues, por…!

¡BOOOOMMMMM…!

La tremenda explosión hizo temblar todo. Pareció que un furioso y súbito vendaval hubiese nacido en la playa, lanzando una oleada insólita de fortísimo aire caliente y espuma de agua hacia los jardines y la casa… Las copas de champaña cayeron de todas las manos, en tanto a través de la extraordinaria lluvia brillante que cayó sobre toda la villa, se veía, en la playa, la gran columna de agua y espuma de color rojo y anaranjado destacando en la oscuridad de la noche.

Todos se habían puesto en pie de un salto, y contemplaban, aterrados, aquella monstruosa bola roja de fuego y agua teñida. La lluvia provocada por la explosión cesó enseguida, pero aún se vio durante algunos segundos cómo la bola roja y cárdena subía, para luego caer como lluvia de fuego.

—¡Ha sido en la playa! —Apareció Phileas con la ya conocida noticia.

Todavía duró algunos segundos más la columna de agua teñida de rojo.

Luego, Barton se encaró con Carlton, a cual más demudado.

—¿Tiene esto… alguna… explicación? —tartamudeó.

—No sé… ¡Debe tenerla!

—¡Yo me marcho de aquí! —gritó histéricamente Datua Madi.

—¡Y yo! —aseguró Okada.

—Esperen… ¡Esperen, no pueden irse por tierra, con un coche…! Sería peligroso. La Policía vendrá hacia aquí, y mucha gente. Será mejor escapar en la lancha… ¡Los dejaremos en Bequia, o en Santa Lucía, o la Martinica…! ¡Si van por tierra los atraparán…! ¡Nos atraparán a todos!

—Pero ¿qué ha ocurrido?

—¡El maldito Von Mündel debe haber cometido un fallo! Eso es todo, ya debe haber muerto… No ocurrirá nada más, pero la explosión ha sido demasiado fuerte… ¡Vayan a esperarme a la lancha grande! ¡Joe, Phileas, id con ellos! ¡Preparadlo todo para salir!

—¿Adónde va usted? —inquirió Okada.

—¡A buscar el dinero que tengo en la casa! Esto es… es mi ruina, pero no puedo quedarme… ¡Hay que marcharse! ¡Jamás podría dar una explicación de esto a las autoridades! ¡Tenemos que huir todos juntos, no hay más remedio! ¡Vayan hacia la playa! ¡Pronto! ¡Phileas, pon los motores en marcha!

—¡Sí, señor!

El negro de la cicatriz fue el primero en echar a correr hacia la playa, y los demás se fueron detrás. El resto de los hombres de Ashley Carlton iban apareciendo rápidamente, y corrieron también hacia la playa, tras escuchar los gritos de Phileas transmitiendo las órdenes de Carlton.

Éste entró en la casa a toda prisa, sacó de su caja fuerte gran cantidad de fajos de billetes americanos, y los fue metiendo en una gran caja de cigarros puros *made in Cuba* que tenía sobre la mesa del despacho. Los cigarros rodaron por el suelo, pero la caja se llenó pronto con lo suficiente para comprar miles y miles de cigarros.

Con la caja bajo el brazo, Carlton salió corriendo de la casa. Todo el mundo corría hacia la playa… Y esto le hizo sonreír. ¿Estaban locos?

Todavía sonriendo sañudamente, corrió hacia donde estaban los coches. Pensó un instante en Siro y Morton, pero los envió enseguida mentalmente al infierno… ¡Lo único que le importaba era salvarse él! Y ciertamente, no era corriendo hacia la playa como conseguiría salvarse. En cualquier momento uno de los mecanismos que habían quedado en el sepultado y ahora sin duda destrozado yate, podía hacer explosión. ¡Y podía ser incluso uno de los mecanismos de una pequeña bomba atómica! Pequeña, pero más que suficiente para volar todo lo que hubiera en más de un cuarto de milla a la redonda. Muy, muy pequeña, sí, pero… terrible. ¡No sería él quien se expusiera a ese peligro que significaba el posible funcionamiento, ya incontenible, de una de aquellas bombas diminutas!

Se metió en uno de los coches, retrocedió, le hizo dar la vuelta, y salió disparado a toda marcha hacia la salida de la villa… Los demás… ¡que se las arreglasen como pudieran! Y si morían, peor para ellos. Él iría directamente al aeropuerto de Seawell, donde tenía otra avioneta deportiva, privada. Con ella, y con el dinero en efectivo que había cogido de la caja, desaparecería para siempre de

Barbados… Lo contrario, era un suicidio…

Había dejado ya la villa muy atrás, quizá media milla, cuando vio aparecer en el borde de la carretera una figura blanca de pies a cabeza, haciéndole señas con los brazos, perfectamente iluminada por las luces del coche. Parecía uno de sus pilotos… Sí. Parecía el mulato Sirto, a juzgar por su estatura… Mejor era parar, pues siempre podía precisar su ayuda.

—¡Sube! ¡Tenemos que marcharnos de aquí!

El piloto entró rápidamente, y Carlton, sudando, arrancó de nuevo, pisando el pedal hasta el fondo.

—Algo ha pasado… Creo que von Mündel ha cometido un gran error, Sirto —jadeó Carlton, con la vista fija en el frente, atento al camino—. El yate ha explotado. Deben haber ocurrido muchas desgracias allí…

—Lo siento por los delfines. Eran muy simpáticos.

El coche perdió un instante su tensa línea de rodaje, yéndose hacia el borde de la carretera. Pero Carlton, todavía gritando de sorpresa y espanto, consiguió dominarlo, tras el sobresalto…

—¡Brigitte! —aulló.

Ella se quitó el casco, dejando salir sus largos cabellos negrísimos, y descubriendo sus ojos al arrancar también los lentes.

—Será mejor que detengas el coche, querido —le metió la punta de una pistola casi dentro de la boca—. ¿Lo has oído? Para en el acto. A la izquierda, desde luego.

En realidad, era lo mejor que Ashley Carlton podía hacer, so pena de estrellarse los dos. Detuvo el coche, y se quedó mirando, jadeando, aquel hermoso rostro, que ahora mostraba una mueca fría, dura, implacable.

—No es posible…

—No digas tonterías, querido. Es perfectamente posible… ¿O crees que estás viendo un fantasma? Los fantasmas no colocan cargas de plástico en yates hundidos. Mejor dicho, en la gran tubería de acceso al yate hundido.

—No… ¡No has podido ser tú…! ¡No!

—Sí, querido. Yo. Otra vez he burlado a tus guardias. Lo primero que quise hacer fue asegurarme de que el maquiavélico *herr* Von Mündel desaparecía con sus inventos. Eso ya está hecho. Y como sé lo listo que eres, comprendí que escaparías por tierra, pues

temes que si lo intentas por mar, te alcance una explosión más que posible de uno de esos pequeños artefactos atómicos… ¿Correcto?

—Sí… ¡Sí! Escucha, tenemos que marcharnos a toda prisa…

—La distancia es ya suficiente para estar a salvo. ¿Dónde están los demás? ¿Vienen detrás?

—Ellos… fueron… hacia la playa…

¡BOOOMMMMMM…!

El interior del coche se iluminó vívidamente por el intenso resplandor que brotó tras ellos. Un grandioso resplandor, que fue subiendo, subiendo…

Carlton se volvió, pero no Brigitte, que se quedó contemplando en los ojos de él, además de la expresión de terror, la bola de fuego que subía hacia el cielo.

—Ashley, los has matado… Los has asesinado a todos… Lo merecían, pero no a tus manos. ¡Sabías que una de esas pequeñas bombas podía explotar!

—No queda nada —tembló la voz de él—. ¡Ya no queda nada de nada! Ni casa, ni lanchas, ni yate, ni jardines, ni personas, ni delfines…

—Lo siento por los delfines… —repitió Brigitte, con voz velada, ronca.

Plop.

Plop.

La bala se clavó en el estómago de Ashley Carlton, entrando por un costado. Carlton volvió la cabeza hacia ella, desorbitando los ojos en un gesto de terror.

—Has… disparado… en frío… contra mí…

—¿Sorprendido? No veo por qué, mi amor. Y otra vez digo que sólo lo siento por los delfines. Pero, a fin de cuentas, los pobres animales no se han dado cuenta de nada, ni van ellos a la muerte, engañados, llevando un explosivo. Han muerto, y eso es todo. Tú mereces enterarte muy bien de que estás muriendo.

—No… no puedes…

Plop.

Esta vez la bala se clavó en el corazón de Ashley Carlton.

—Como ves, querido, «sí puedo».

Registró a Carlton, hasta encontrar su pistolita de cachas de madreperla. Dejó la otra en el asiento, y entonces vio la caja de

puros. Ciertamente, una persona que huye no se entretiene en recoger sus cigarros, por mucho que le gusten. Abrió la caja, sonrió secamente, y salió del coche con ella bajo un brazo. De un bolsillo del «mono» blanco, sacó su radio de bolsillo, que accionó:

—¿Simón?

—Ha sido horrible, Baby… ¿Ha visto la explosión?

—Desde luego. ¿Han avisado a las autoridades del peligro de las radiaciones?

—Claro. Por radio. Intervinimos su onda.

—Perfecto. Esas bombas eran en verdad pequeñas, pero hay que tener siempre en cuenta el peligro de la radiación. Supongo que han tenido ustedes el buen sentido de permanecer alejados.

—Lo que usted ordenó —gruñó Simón—. Está usted loca, Baby, para meterse sola en…

—Ya me han matado demasiados Simones —musitó ella—. Abandonen ya la avioneta, y recójanme en el lugar convenido. Volveremos a la Martinica, y… la CIA no sabe nada de todo esto. *Okay*?

—Lo que usted diga —mascculló Simón.

—Pues eso es lo que digo. Voy al punto de recogida.

Este es el final

—Pe-pero… ¡yo no fumo, señorita Montfort!

—Y yo no he dicho eso, *madame la Duchesse* —sonrió angelicalmente la divina espía—. He dicho solamente que le regalo esta caja de cigarros puros de Cuba. ¿Va a despreciármelos?

—Pues… no. No, querida, desde luego. Pero…

—No tema —rió Brigitte—. ¡No le pediré que se fume uno después de cenar!

Annette Simonet, la auténtica duquesa de Montpelier, se echó a reír también, de muy buena gana.

—Eso, querida, en el supuesto de que no se marche hoy también… François quedó muy disgustado cuando le dije que no cenaría usted su excelente menú.

—Iré ahora mismo a pedir disculpas a François, a Baptiste, y a Monique. Los tres son muy amables conmigo, *madame la Duchesse*. Y sobre todo, usted. Me refiero al vestido de noche.

—Oh, como usted dijo que volvería, querida niña, fui personalmente a comprárselo a Port-de-France… Primero creyeron que era para mí —rió la simpática anciana—. Pero cuando mencioné las medidas, el color y el escote, comprendieron que algo no encajaba.

—Es un bonito vestido, *madame la Duchesse*. Gracias.

—Usted se merece… No sé… Todo lo mejor. Todo. Además, se debe cenar con seriedad, ¿no cree?

—Sí, sí, desde luego con mucha seriedad, *madame*.

—Espero que esta vez se quede de verdad unos cuantos días… La oí hablar mucho en su habitación… Va usted a pensar que esta pobre anciana está tonta, pero juraría que estaba sola.

—Ah, sí… Dicté mis dos informes para la CIA. Poca cosa.

—¿Dos informes? ¿Pasó algo en Barbados?

Brigitte sonrió dulcemente, y señaló la caja.

—¿No quiere ver los habanos, *madame*?

—Bien… Se empeña tanto… Pero insisto en que no fumo…

La anciana abrió la caja de habanos, y se quedó mirando atónita, los fajos de billetes. Por lo menos había allí trescientos mil dólares.

—Pe-pero…

—Para sus obras de beneficencia, *madame*. Esta vez no ha podido ser tanto como la anterior. Lo lamento.

—Pero, querida niña… ¡Esto es demasiado! No quiero que piense que mi hospitalidad es interesada…

—Si pensara eso, *madame*, no estaría aquí. Sé muy bien cómo es usted. Y le aseguro que vamos a pasar juntos tres o cuatro deliciosos días de vacaciones. A mí también me encantan las gaviotas… Creo que incluso leeré su libro.

—¿De verdad hará eso?

—¡Por supuesto! —rió Brigitte.

—Oh, se lo agradeceré mucho… A la gente, en general, no le interesan las gaviotas.

—A mí, sí. Parece que Baptiste viene a anunciarnos la cena. Permítame ayudarla, *madame*.

Brigitte quitó la caja de habanos de manos de la duquesa, y la dejó sobre una mesita; la ayudó a ponerse en pie. La anciana se tomó de su brazo, comenzando a caminar hacia el comedor, de modo que Baptiste, el simpático y fiel mayordomo, comprendió que podía ahorrarse el anuncio de que la cena estaba servida.

—Respecto a ese dinero —dijo la duquesa, cuando ya estaba sentada en una punta de la mesa—. ¿Cómo lo consiguió?

—No importa eso, *madame*. ¿O sí?

—Bueno, ya sé que su procedencia es honrada, viniendo de usted. Era sólo… curiosidad.

Brigitte probó la sopa, aprobó complacida.

—Además de pedirle disculpas, tendré que felicitar a François. Respecto a quién le envía ese dinero, digamos que… unos delfines.

—¿Unos delfines? —Se pasmó la duquesa.

—Cuatro docenas de delfines, *madame*. Y no se lo tome a broma, se lo suplico: a los pobres animalitos les costó la vida. También murieron… otra clase de… de bestias, desde luego. Pero esas muertes están bien. Las únicas que yo siento de veras, son las muertes de los delfines… Eran muy simpáticos.

FIN